

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año II

BARCELONA, 1.º DE MAYO DE 1884.

Núm. 23

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



SOFÍA MENTER, de fotografía.

SUMARIO.

TEXTO: — PUERILIDADES.— GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Sofía Menter, —EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—LA COQUETA, por Doña Emilia Calé Torres de Quintero.—SONETO, por Sor Juana Inés de la Cruz.—CRISTINA DE PISÁN, por D. Vicente Sancho del Castillo.—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Sofía Menter, de fotografía.—¿POR QUÉ? cuadro de W. Bernatzit.—LOS ESPONSALES, copia del notable cuadro de Carlos Gehrts.—LA LUNA DE MIEL, cuadro de Aug. Kaubach, grabado por Brend'amour.

PUERILIDADES.



UANDO se dice que el hombre es un sér dotado de razón, se quiere significar con esto que ha nacido y vive para ver mediante esa luz clarísima del espíritu adecuadamente las cosas.

Esto es muy cierto, pero sucede en la práctica, cuyas causas no nos metemos á investigar, que ya observemos la vida de un individuo, ya la vida de un pueblo, que no es otra cosa que la suma de la vida de los individuos que lo componen, lejos de pensar y hacer las cosas como se debe, procedemos de una manera inversa cometiendo tan sin número de torpezas pueriles, que muy bien autorizan el dicho de un pensador ilustre, de que salimos de una infancia para entrar en otra.

Así, por ejemplo, ¿no dice la razón que todos somos iguales y que teniendo todos identidad de naturaleza á pesar de nuestra diversidad de caracteres y aspiraciones, en vez de ostentar en nuestro corazón todos los matices del odio para separarnos unos de otros á gran distancia, debemos fundirnos en un solo sér por la maravillosa virtud del amor?—Pues si la razón confirma esto, la conducta de los hombres en su vida privada y social lo contrario nos dice. Refresquemos la memoria y acordémonos de que hubo castas y servidumbre y hasta hace poco esclavitud en los pueblos que más al pié de la letra han seguido las doctrinas del que murió como esclavo para acabar con la esclavitud. Y como consecuencias de estas torpezas nacieron otras, pues si hubo quien vivía encumbrado arriba y quien sufría mutilado abajo, si hubo amos y esclavos, señores y servidores, es natural que los trabajos se dividieran en superiores é inferiores, correspondiendo cada uno de estos al puesto ó rango que en la sociedad se tenía.

Y concretándonos á la mujer, nuestro único asunto, cabiéndole la suerte de los que vinieron al mundo para obedecer y sufrir, considerada por la sin razón de los hombres de una inteligencia por naturaleza pequeña, fué destinada, como es consiguiente, á insignificantes trabajos y reclusa al hogar doméstico para ejercer la labor mecánica de la casa, única función que está en consonancia con las limitadas facultades de su alma.

Pero ante todo diremos, como de paso, para que nuestras lectoras conozcan la verdad de las cosas, si es que permanecen en el error viendo en cada marido ó hermano ó conocido, una inteligencia muy superior á la suya, que la mayoría de los trabajos del hombre no piden entendimiento privilegiado ni mucho menos, y que áun los mismos para cuyo desempeño es indispensable un título conquistado en Academia ó Universidad, pueden desempeñarse de una manera cumplida sin ayuda de mucha ciencia. Y es tan cierto lo que decimos, que, concretándonos á los hechos, la mayoría, si no todos los actos que en el comercio se realizan, los expedientes que se confeccionan en las diversas oficinas que existen, y otros casos por el estilo no exigen del hombre que se devane el cerebro con profundas meditaciones, ni que tenga ilustración selecta, ni que sea de clarísimo entendimiento. Y por lo tocante á los que siguen carrera facultativa, dejando aparte excepciones hon-

rosas, basta para confirmar el aserto que sostenemos con examinar, siquiera de un modo somero, cómo se estudia y se adquiere el título para ostentarse en la sociedad peritísimo en la carrera ó facultad estudiada.

Los jóvenes que frecuentan las aulas de la Universidad no hacen otra cosa que gimnasia de memoria, atrofiando la inteligencia por la costumbre que adquieren en las mismas aulas de recibir modesta y pasivamente, como si emanara de infalible maestro, los conceptos que el profesor les enseña. ¿Y de este modo se adquiere sólida ilustración? ¿y para esto se requiere inteligencia privilegiada? Por el fruto se conoce el árbol; la mayoría de los que ejercen la medicina son unos meros empiricos que casi inconscientemente propinan los específicos que la viva voz del profesor ó el libro les enseñó; los abogados, que por el mero hecho de serlo, todavía á las preocupaciones sociales se les antoja mirarlos como colocados en el pináculo del saber, y que tienen la desgraciada suerte de adquirir en las aulas el sentido jurídico para perder el sentido común, consideran como profanación á la ciencia el pensar de una manera contraria al código de las leyes que rigen, porque tal código le fantasean á semejanza de Sagrada Escritura, de la que no es posible ni reformar una palabra, ni una letra siquiera.

Y terminada esta digresión que hemos hecho para combatir un error, volvamos á nuestro tema. Si se limitan al hogar doméstico las funciones de la mujer y por otra parte se dice que aquella tiene tan poderosa influencia en la sociedad que casi siempre ó siempre graba la fisonomía á las costumbres de los pueblos contrariando al legislador, ¿cómo podrá dar cumplimiento de modo adecuado á su altísima misión social si solo ha de fijar sus ojos en los quehaceres mecánicos de la casa? ¿Los que tales cosas discurren no se meten en el círculo que es preciso salvar de una contradicción pueril? Nosotros lo salvaremos llanamente, diciendo que también el hombre debe ocuparse en aquellos trabajos que por capricho y no por razón fundada se han pensado de la exclusiva competencia de la mujer. Pues estamos ciertos que no se nos argüirá que el hombre desmerecería si descendiera de su pedestal para ejercer á la vez las funciones mecánicas y modestas de la mujer, porque si tal argumento se exponé, otra puerilidad se comete. En los trabajos humanos no hay diferencia de castas, todos son dignos, elevados y santos, porque concurren á satisfacer las necesidades de la vida del hombre y de la mujer, y cuyas necesidades todas son principalísimas y no hay entre ellas tampoco ni rangos ni gerarquías. Los trabajos, irracionalmente considerados como de la exclusiva competencia de la mujer, no empujeñen al hombre, que «cuando los verdaderamente grandes se han visto precisados á ocuparse en labores mecánicas, domésticas ó exteriores, no se ha rebajado su inteligencia ni han padecido sus facultades intelectuales», como dice con verdad una distinguida escritora. Además, que la variedad en el trabajo, el pasar de los que tienen por objeto las abstracciones del espíritu á los que tienen un mero carácter mecánico ó material, dan la salud al cuerpo, robustez al espíritu, contribuyendo de esta manera á que se produzca en nosotros la armonía, suprema ley de la vida.

Así, pues, abandonemos puerilidades, vivamos en el mundo conforme á lo que la razón nos exige, ayudemos á la mujer para que le quede tiempo de ilustrarse y comprender su misión en la sociedad y dignamente la ejerza.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

SOFÍA MENTER.



HAY nombres que basta citarlos ó ponerlos al pié de su retrato para que formen la biografía de los genios que con ellos se distinguen en el mundo del arte. ¿Qué podremos, pues, decir de Sofía Menter que sea ignorado? Nada. La célebre pianista, la Rubinstein del sexo bello, llena con su nombre el ámbito del mundo musical, y es en vano querer pregonar ó dar á conocer el mérito que por sí mismo se evidencia.

La fama de Sofía Menter se apoya en tan sólida

base, que bastaría para cimentarla perpetuamente, y esta es la admiración que Rubinstein, el coloso del piano, el genio que lo ha encadenado, tributa á la débil mujer, cuyos dedos vigorosos marcan en las teclas, no sólo las notas musicales de la composición, sinó también la huella del genio, que por aquel medio material expresa la fantasía de la interpretación cumplida del pensamiento del compositor.

La gloria absoluta del mérito de ejecutante de Sofía Menter, se aumenta con la relativa de ser mujer y avasallar con su talento todas las dificultades que á sus delicados dedos puedan oponerle las composiciones de más fuerza y energía. Por eso dice Rubinstein que el piano es el instrumento de las mujeres, debiendo el bello sexo esta aventajada opinión del maestro al talento de la Menter.

Como puede concebirse de una artista de su valía, Sofía Menter no tiene predilección por un género de música determinado y todos los grandes maestros contribuyen con sus obras á los conciertos que en muchas capitales ha dado Sofía Menter, y en donde ha sido siempre recibida con los aplausos que su talento merece. En este concepto Liszt, Rubinstein, Chopin, Mozart, Mendelssohn, Scarlatti, Beethoven, Schubert, Weber, Schumann y Bach son, con otros muchos, los nombres que pueden leerse en los programas de sus variados conciertos en que no figuran más que piezas escogidas con el criterio propio de tan eminente artista.

A Sofía Menter debe España haber conocido de un modo perfecto á Liszt, á quien más se tenía por gran ejecutante que por compositor de genio, creyéndose que sus obras eran puramente arreglos para el piano, cuyo mérito provenía de su dominio sobre el instrumento. Pero la Menter, ejecutando varias de sus inspiradas composiciones, y entre ellas el concierto en *mi bemol*, que se aparta por su originalidad de las demás obras de esta clase, interpretado de un modo notabilísimo, hasta en los más mínimos detalles nos ha dado á conocer aquella música especial, tan ligada con la de Wagner, como las relaciones de ambos autores.

Sofía Menter nació en 1852, hija del violoncelista José Menter, discípulo aventajado del célebre Viest. A los 8 años entró en el Conservatorio de Munich, siendo pronto la admiración de sus profesores: á los 15 era primera artista de la Sociedad filarmónica de Munich, y pronto fué nombrada pianista de cámara del príncipe Hohenzollern, protegida por la condesa Schelinitz y lo mismo por la familia imperial en Berlín. El eco de los aplausos que la prodigaba Europa entera llegó hasta el retiro de Listz, que se apresuró á trasladarse á Budapest para conocerla. Allí entró de incógnito, y en un palco cerrado y oculto, permaneció asombrado oyéndola, hasta que al terminar la *leyenda de San Francisco*, corrió al escenario y conmovido hasta derramar lágrimas y abrazando á la joven artista, exclamó: «No sólo eres la primera pianista del mundo, sinó que has hecho del piano un instrumento desconocido.»

Rubinstein y Sofía estuvieron á la vez en Londres y tocaron juntos dos pianos en Saint James Hall, asombrando al auditorio. Cuando Rubinstein se marchó, decía el público inglés: «Se ha marchado el león, pero nos queda la leona.»

El rígido Hauslich, al preguntarle su opinión sobre Sofía, dijo: «Es la única capaz de interpretar á Beethoven.»

La música no es un oficio para Sofía Menter. Es su pasión. Cuando la nombraron pianista de Cámara imperial, le llevaron de palacio y como regalo un riquísimo aderezo. Al entrárselo su doncella, la encontró al piano y la interrumpió gritando: «Señora, señora, qué diamantes! ¡qué rubies! ¡Cuánto valdrá esto, Dios mío!

—Está bien, dijo sencillamente Sofía, volviendo apenas la vista y emprendiendo de nuevo sus estudios.

Sofía vive modestamente y sujetándose á un sistema higiénico vigoroso, por temor de enfermar del pecho, para lo cual supone estar predispuesta, habiéndose hecho reconocer frecuentemente. «Creo tener tubérculos ó cavernas en el pulmón», dijo una vez al médico. ¡Cavernas! exclamó este galantemente. ¡Con qué gusto me haría ermitaño de estas cavernas si las hubiese!

Como circunstancia característica que determina su genio dulce y sencillo, concluiremos diciendo que por mucho tiempo ha tenido por compañero inseparable á *Klex* (no sabemos si vive aún), precioso gatito, que parece tener un gusto especial en ser el primero de sus oyentes.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

¿POR QUÉ?

Cuadro de W. Bernatzit.

Nos hallamos en un taller de pintura; no el de un artista de profesión, sino en el de un brillante aficionado que está luciendo su habilidad en retratar á su futura. Hállase esta enfadada ¿por qué?; este es el tema del cuadro y procuraremos guiar á nuestras amables lectoras en tan intrincadas averiguaciones.

El retrato que está más bien hecho de imaginación y entusiasmo que no con arte, tiene sus defectillos, sobre todo en el rostro parte culminante de la obra, que el enamorado desea salga perfecta y digna de su pincel. Para ello toca y retoca cada color que añade al lienzo, produciendo nuevos tonos que le alejan algo del natural. La bella joven comienza á impacientarse de la especie de martirio que se le impone de permanecer quieta y se aumenta la impaciencia al no verse á su parecer perfectamente reproducida en el lienzo.

El artista, que tiene su amor propio, defiende su obra, hay contestaciones, levántase la voz por ambas partes y ella, que por ser hermosa merece disculpa, aunque no tenga razón, enfadada imprime rápido movimiento á su sillón y se coloca de espaldas al rico marco que encuadra el lienzo, objeto de la discusión importuna.

Al punto que el artista ve tal heroica determinación, deja presuroso sus pinceles y va tímido y cariñoso á sentarse en el brazo del sillón, tratando de apaciguar con enamoradas protestas á su enojada beldad.

Este momento de la escena representa nuestro grabado de tal manera, que expresa claramente la situación, tanto por la expresión de ambos rostros cuanto por la posición de abandono de la joven y la actitud verdaderamente inquieta del pintor, que procura terminar satisfactoriamente este incidente hijo del mutuo cariño.

¿Cuál será el fin de esta escena? Puede preverse considerando que sólo son estos accidentes verdaderas nubes de verano que pasan para dejar luego lucir el sol más esplendoroso ó sea amándose los jóvenes algo más, después de conocer cuanto padecían al hallarse moralmente separados por su riña, y la dicha de quererse sin obstáculos.

LOS ESPONSALES.

Copia del cuadro de Carlos Gehrts.

Las costumbres van cada día transformándose conforme va transcurriendo el tiempo que trae consigo los progresos humanos más ó menos lentos según las épocas y generaciones. Quédannos, á pesar de esto, memorias de lo que un tiempo fué, ya por las tradiciones, ya por los monumentos esculpidos ó escritos, que nos permiten estudiar y saber cuanto en tiempos pasados se ejecutaba.

En la Edad media en que dominaban las costumbres caballerescas, se verificaban fiestas extraordinarias al contraerse esposales. En unas memorias que sobre ellos posee Mr. Julio Wolffs, hase inspirado el artista Gehrts para pintar el cuadro, cuya copia exacta ofrecemos á nuestras amables lectoras en el presente número.

Adornada la estancia y tendidas de uno á otro extremo del techo largas guirnaldas de flores y una vez terminado el alegre banquete, con que se ha celebrado el fausto suceso, precipitáanse los novios en brazos uno de otro, con regocijo general y alguna pequeña envidia de los que no han sido tan afortunados y esperan les llegue su turno. El artista ha tenido cuidado en la agrupación de personajes, de detallar la escena minuciosamente y los distintos rostros de los personajes expresan al vivo las manifestaciones interiores que les ha supuesto. A la derecha y en primer término coloca un grupo amoroso, indicio del comienzo del idilio que los dos personajes protagonistas terminan, emprendiendo el nuevo camino que los conducirá á vivir dichosos como son los ancianos que en el fondo del cuadro permanecen sentados en la mesa.

LA LUNA DE MIEL.

Cuadro de Aug. Kaulbach.—Grabado de Brend' amour.

SIEMPRE se manifestó el amor por medios pacíficos; nada sirve para hacer adelantar un

paso en esa senda de flores tan trillada por la humanidad en general y desconocida por mucho tiempo por los individuos en particular. Detractores sin número tiene la mujer, pero siempre su debilidad triunfa y es la dicha suprema del hombre, que más las zahirió, quedando pendiente su corazón de los ojos de una mujer amada que corresponde á su cariño con otro aún mayor.

El carácter social de la mujer mejora mucho con los progresos modernos, pero es con respecto á la sociedad en general, pues por lo tocante al hombre que la adora, no necesita leyes para subyugarse al deber que su mismo cariño le impone.

¿Es algo comparable á las dulzuras de una luna de miel? Ese contacto íntimo, la comunicación de dos almas que se quieren y pueden repetírselo, la vista del objeto adorado, son ideas que sólo se comprenden cuando hemos sido actores de este drama conyugal de tan brillante desenlace.

Augusto Kaulbach, el celebrado pintor cuya fama universal le hace imperecedero, es quien ha trasladado al lienzo de una manera verdaderamente asombrosa y cual su genio podía hacerlo, la encarnación pictórica, la poética *La luna de miel*.

No ha situado sus personajes entre el torbellino de una fiesta, ni en el brillante lujo de un paseo, sino solos, aislados en el campo, rodeados de un magnífico paisaje, sonriente, umbroso y plácido cual su amor. Allí los dos jóvenes, de principios de nuestro siglo, los recién casados, huyendo del mundo, se refugian en un claro de sus haciendas para contemplarse y repetirse lo que para la sociedad es vano y hueco, lo mucho que se aman, y su dicha en verse juntos.

Ella, feliz, escucha atenta, la mano entre las de su esposo, las palabras cariñosas que la pasión de este le dicta, y su mirada, fija en humilde florecita, deja transcurrir el tiempo, que no tiene para ellos principio ni fin, pues que su afán único es el de verse juntos en todos los momentos.

¡Qué belleza ha creado el pincel de Kaulbach! La expresión de los rostros, su posición cariñosa y amante es un reflejo de su edad y de la pasión que corresponde al paisaje, á las avejillas que se posan en los árboles, y á las flores que bordean el césped que forma el suelo en que están sentados y tendidos los dos personajes. Corresponde el cuadro á la fama del gran pintor, y las amables lectoras de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER verán con gusto tan precioso grabado, no sólo por la ejecución, sino por la idea.

REVISTA MADRILEÑA.



No es posible, no, escribir una revista madrileña, sin que la pluma se detenga á considerar ese drama íntimo, hecho público, donde figuran el amor desordenado de un hombre, la desventura de una mujer, el deshonor de una familia y la muerte tristísima de una madre infeliz. Nos referimos al proceso Morillo, objeto actualmente de la curiosidad general y sujeto hoy á la fría inspección de la ley. De las dudas en él suscitadas, de las declaraciones de los datos y averiguaciones que arroje, depende el resultado: la conciencia pública no adivina todavía el fin de ese drama pavoroso. ¡Quién sabe si su terminación será la declaración de demencia del reo, ó el levantamiento del afrentoso tablado, donde la muerte de un hombre al expiar el crimen cometido satisfaga la vindicta pública!

No lo sabemos, pero entretanto que los intérpretes de la ley buscan un rayo de luz en tan tenebroso asunto, la sala de lo criminal de esta Audiencia se ve invadida por numeroso gentío, ávido de presenciar los debates del tribunal.

Dos figuras altamente simpáticas destacan en el ruidoso proceso: la de Amparo, blanco de la pasión fogosa de Morillo, y su desventurado padre.

Amparo es hija de Madrid, tendrá á lo sumo veinte y dos años. Es de escasa estatura, pálido y dulce semblante y expresivos ojos. Se presenta al tribunal vestida de luto y contesta á las preguntas que se le dirigen con gravedad y pausa, como si coordinara apenas en su pobre cabeza la nube de dolorosos recuerdos que el curso del proceso evoca.

El padre de Amparo tendrá unos cincuenta y dos años de edad, su aspecto es bondadoso en extremo y en sus apagados ojos se revela el horrible dolor que tortura su alma. A las primeras palabras que pro-

nunció el desgraciado padre, un movimiento general de simpatía se efectuó en el auditorio.

Madrid entero espera con ansiedad la terminación de este proceso.

Son objeto de animadas conversaciones en los círculos artísticos, los cuadros que continuamente se reciben de Roma y París, destinados á figurar en la próxima exposición de bellas artes.

Todos los preparativos inducen á creer que la anunciada exposición dará gallarda muestra de la altura en que se encuentran las bellas artes en España, siendo sólo de lamentar que la estatuaría, por falta de tiempo, no pueda brillar con toda la esplendidez de que es susceptible. Y decimos esto, porque entre otros el distinguido escultor gallego Sr. Samartín de la Rosa no podrá presentar la notable estatua de Cervantes que tiene en vías de terminación.

En breve tendrá lugar el gran concierto vocal é instrumental, proyectado por la junta de damas nobles que preside S. M. la reina, á fin de arbitrar fondos para la edificación del templo de Nuestra Señora de la Almudena.

Según las noticias que hemos procurado adquirir, con el citado concierto se inaugurará el magnífico salón que el editor de música Sr. Romero y Andía acaba de construir en la calle de Capellanes.

A dicha solemnidad artística concurrirá lo más distinguido de la sociedad madrileña, y es de esperar por lo tanto que las ilustres organizadoras de la fiesta, vean coronados por el más completo éxito sus nobles y levantados propósitos.

Nuestro deber de cronistas nos impone la obligación de colocar al lado de una nota alegre, otra tristísima; por eso después de habernos ocupado de la proyectada fiesta musical, debemos dedicar algunos renglones á las infortunadas familias que, á causa del hundimiento de la antigua casa de la calle de Toledo, se quedaron á merced de la caridad pública.

Pero á ellos ha llegado la regia munificencia, y en nombre de S. M. el Sr. Patriarca de las Indias, en su calidad de limosnero mayor, les repartió no insignificantes socorros.

Las pobres gentes bendigieron á sus augustos protectores, siendo de notar la honradez de dos mujeres del pueblo, que al recibir por equivocación dos veces socorros de mano del señor Patriarca, devolvieron generosamente el segundo donativo, diciendo que ya habían sido socorridas una vez y que, por lo tanto, no debían aceptar lo que á otros de sus infelices compañeros podía hacer falta.

La nobleza de alma es patrimonio de todas las clases sociales y los rasgos de generoso desprendimiento menudean más de lo que se cree entre la clase baja del pueblo madrileño.

Hoy que la moda ha popularizado casi el uso de los álbums y que el más adocenado poeta y el más insignificante artista, se ve, en ocasiones dadas, precisado á pagar el debido tributo á esa, algunas veces, enojosa obligación de llenar hojas de los álbums destinados á ensalzar á determinada amiga ó conocida, importa fijarse en un detalle referente á álbums, detalle que evidencia hasta que punto lo que hoy se considera tarea enojosa, puede mañana ser objeto de justa curiosidad y aprecio cuando el álbum lleve á través de los siglos los nombres de aquellos que honraron sus páginas, trasladándolos á la posteridad.

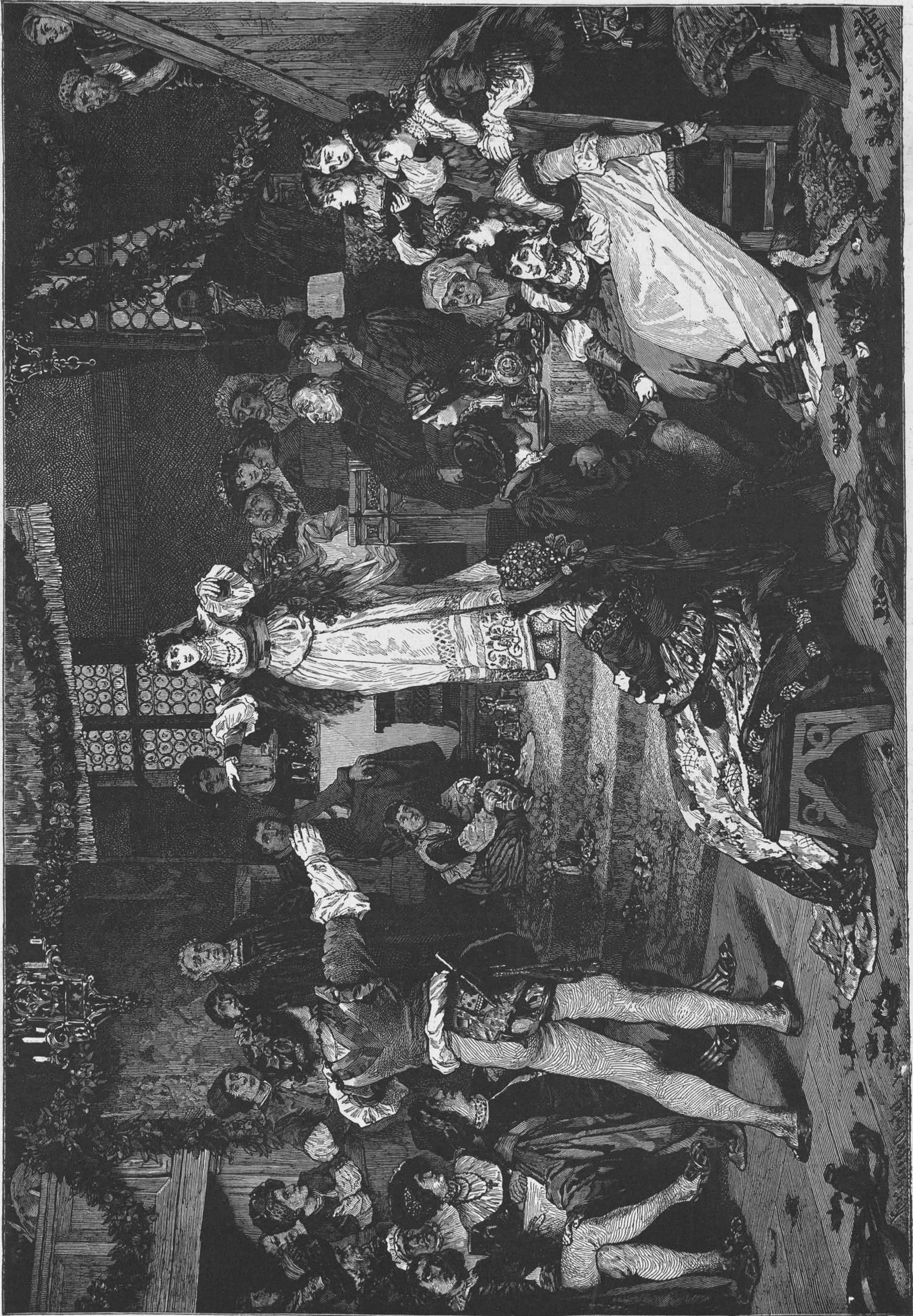
Y con todo, no creemos que nuestras reflexiones sirvan para reconciliar á los poetas y á los artistas con los álbums, tanto más, cuanto que nosotros al ver un álbum, no podemos menos de entregarnos á un sentimiento de amarga melancolía, al recordar lo que en uno de ellos escribiera el insigne Hartzembusch y que si mal no recordamos dice así:

Hoja en que escribo mi nombre
tú me sobrevivirás.
¡Que vale ¡ay! el ser del hombre
Cuando un papel dura más!

Pero como ahora no se trata de filosofar sobre cuanto tenga relación con el álbum, sino de evidenciar la celebridad de uno, diremos que el que á principios del siglo actual poseyera la inteligente y bella condesa de Noroña, se ha convertido hoy en objeto artístico valiosísimo. Ilustraron sus páginas eminentias de todos los países, descollando entre las composiciones, una notabilísima, sobre el amor, original del célebre novelista Walter Scott, y la siguiente preciosa décima del inmortal vate Arriaza:



¿POR QUÉ? cuadro de W. Bernatzit.



LOS ESPONSALES, copia del notable cuadro de Carlos Gehrts.

¿Qué queréis ya de una lira
 enmudecida y cansada?
 ¿Qué de una musa olvidada
 que en vez de cantar suspira?
 Ya tristemente delira
 quien dulcemente cantó!
 Si un tiempo el amor sacó
 de mi rudeza centellas,
 la amistad aún vive de ellas
 y esas te consagro yo.

Y ved por donde, queridas lectoras mías, resulta célebre el álbum de la condesa de Noroña, y como él, serán admiración de nuestros sucesores, esos libros lujosamente encuadrados, que hoy ostentáis orgullosas en el elegante velador, esperando asome por las puertas de vuestra casa un tímido poeta ó novel artista, para rogarle adorne sus páginas con las flores del ingenio. Deseo vuestro al cual es indudable que galantemente accederá, ocultando la violencia que le cueste complaceros; sin pensar que quizá mañana, si su ignorado nombre llega á grabarse en el templo de la fama, los caracteres que hoy traza indiferente y al descuido sobre la inmaculada hoja del álbum, mañana adquirirán fabuloso precio por sus admiradores.

Ejemplo de ello el álbum ya célebre de la condesa de Noroña, que muchos *amateurs* cubrirían de oro.

Nunca con mayor gusto que hoy corre la pluma sobre el papel para consignar un nuevo é importantísimo triunfo femenino.

Rosario Acuña, la ilustre autora de *Rienzi el tribuno*, sobreponiéndose á rancias preocupaciones, arrostrando las prevenciones de unos cuantos y confiando en la imparcialidad y justo criterio de muchos, ha ocupado la cátedra del primer Ateneo español.

Y debemos confesar que la denodada dama é inspirada poetisa, ha dejado bien sentado el pabellón femenino en nuestra primera corporación literaria.

El salón se hallaba invadido por numerosa y selecta concurrencia, las damas habían acudido desde muy temprano al Ateneo y la curiosidad y la impaciencia se leían en todos los rostros.

Dió comienzo la velada con la lectura de varios fragmentos del poema SENTIR Y PENSAR, del cual no podemos hacer detenido examen, por no conocerle en conjunto, pero que desde luego aseguramos abunda en movimiento, colorido, acertados toques y situaciones de gran efecto, que arrancaron espontáneos aplausos á la distinguida concurrencia.

Después del poema, la Sra. de Acuña leyó varias composiciones sueltas, inspiradísimas, y de las cuales sólo nos ha sido posible tomar nota del siguiente soneto:

EN LA ESCALERA DE MI CASA.

Sube sin vacilar, si bajas llega
 á donde todo se te ofrezca llano,
 que solamente el ignorante ó vano
 altura ó fondo con empeño niega;
 alma ó conciencia depravada ó ciega
 podrá dudar del fin del sér humano
 y de que arriba exista un soberano
 que en los abismos su poder despliega.
 No repares jamás, que entendimiento
 tienes, mortal, y en él está la ciencia,
 sube ó baja sin dudas ni lamentos
 que es una escala eterna la existencia
 por donde sube al cielo el pensamiento
 para bajar á hundirse en la conciencia.

Rosario Acuña lee de un modo admirable y dió á sus versos el realce y color que necesitaban para que los conceptos se destacaran con la debida valentía. El éxito de la velada no pudo ser más halagüeño, por lo cual felicitamos sinceramente desde las columnas de nuestra revista á la distinguida poetisa.

Nos prometemos que en breve las lectoras de la ILUSTRACIÓN DE LA MUJER verán insertos en nuestra revista notables trabajos de la Sra. de Acuña.

Entretanto, y por más que según dicen no se permitirá leer en el Ateneo á ninguna otra mujer, nuestros aplausos á Rosario Acuña de Laiglesia por ser la primera que en nuestro días ha hecho resonar sus inspirados acentos en el primer centro literario madrileño triunfando de las preocupaciones que hasta hoy han entorpecido el progreso femenino.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 abril 1884.

LA COQUETA.



É aquí el tipo con que vamos á ocupar por un momento la atención de nuestros lectores haciendo varias consideraciones al describirlo. Tipo especial, dado á conocer ya, es verdad, multiplicadas veces por muy elocuentes y autorizadas plumas, pero nunca lo bastante para que estén de más las reflexiones que sobre él puedan hacerse aún.

Por fortuna, en nuestra moderna sociedad, para gloria de sus legisladores y satisfacción de la mujer, esta ve hoy franca y floreciente la senda que le brinda seguro y halagüeño porvenir.

Huyeron las rancias preocupaciones respecto á la inteligencia de esa mitad del género humano, limitada antes al estrecho círculo de sus faenas domésticas y á tener por toda ocupación la rueca, la calceta, la costura, sin poder contribuir con su óbolo ganado en terreno más grato y lucrativo, al sostén de la familia, por carecer de suficientes conocimientos para ello.

Aunque no con tanta fortuna y extensión como en el extranjero, la mujer española penetra hoy en el dilatado campo de las ciencias, de las artes y de las letras. Ya no es la que sólo sabe, y defectuosamente, *echar una firma* en casos indispensables. En el día (salvo excepciones que las honran muy poco), los hombres que antes ridiculizaban el saber de alguna que descollaba entre ellos, aplauden, sinó con entera convicción, al menos por un deber de cortesía, á la mujer que entusiasma por las artes en el teatro, que domina por las ciencias en la academia, que encanta por las letras en la prensa y en el hogar.

La mujer que aspira á brillar por su talento, invirtiendo en el estudio las horas que le dejan libres los cuidados maternos ó los deberes de hija; esa que cuenta como triunfos los alcanzados en el espinoso terreno de su difícil y doble tarea, siendo la acertada directora del hogar doméstico, y la compañera del esposo en el trabajo impuesto por ley al hombre, para hacer así más llevadero á aquél el sostén de la familia, esa, repetimos, que halla nobles y justos esos triunfos y no los adquiridos con el pasajero encanto de una flor ó un lazo prendido con estudio, ó de verter una frase chispeante; esa, va insensiblemente destronando á la coqueta.

Mas, como por completo aún ese tipo social no desaparecerá tan pronto, diremos dos palabras acerca de ella.

La coqueta comienza, desgraciadamente, muy temprano á recorrer la senda peligrosa que, guiada por sus ilusiones, se propone seguir.

Desde la edad en que le es necesaria para su instrucción la asistencia al colegio, ya recibe un número considerable de billetes amorosos, de origen también infantil, que una niña más sensata rechazaría, pero que ella mira como triunfos sobre sus compañeras, creyendo hijas de su mayor mérito esas conquistas pasajeras cuando, por el contrario, son las que acusan su ligereza.

Ved á la coqueta en otra fase de la vida muy distinta, pero que á ella le ofrece la misma vía siempre fácil para sus fines.

Adivinadla en la niña huérfana de madre y á la que su padre resuelve colocar en un convento como educanda, por no estar su carácter y proceder en armonía con los consejos y preceptos de sus mayores, sin que esa niña, de genio versátil, consolide sus ideas, ni repliegue los velos de su coquetismo en aquel asilo de santidad. Las paredes del convento le suponen muy poco, pues desde que las buenas siervas del Señor entonan su primera oración en el coro, hasta que la campana marca la hora de silencio, la alegre educanda, interesando sacristanes y mandaderas, habrá visto uno tras otro á sus muchos adoradores rondando en amorosa competencia las tapias de su morada á despecho de las prohibiciones y cláusulas de la superiora; que tiene al fin que renunciar á la educación de la niña, y suplir á su padre la releve de un cargo imposible para ella.

Así va continuando la coqueta descuidada en el cumplimiento de sus deberes, y poseída de un excesivo afán de llamar la atención de los hombres sin fijarse en las condiciones de estos; y así, á la vez que los años transcurren, va despertándose en ella un nuevo sentimiento que es su mayor tirano. La envidia.

Ya no le es posible ver con indiferencia el homenaje rendido á otras mujeres, por sus virtudes ó sus méritos personales.

Ella quiere reinar en absoluto y llevar uncidos al carro de sus caprichos todos los hombres que cree fáciles de manejar, para entretener con un amor que está muy lejos de sentir su corazón.

Para ella, nada supone la amistad de la mujer, porque no le merece respeto; y sin la menor consideración, juega con las más caras afecciones de una amiga, por la sencilla razón de antojársela el hombre que ama á esta.

Su mente, siempre dispuesta á fraguar nuevos y diabólicos planes para el logro de sus deseos, acaricia la idea concebida y espera anhelante una ocasión propicia; por ejemplo, un carnaval.

Entre el círculo de sus amigos, que son, por lo general, jóvenes inespertos ó calaveras, busca uno, al cual hace admirar el mérito de su amiga y observar los galanteos que le prodiga su verdadero amante. El joven, inconscientemente cae en la red tendida por la coqueta, y se aproxima á aquella mujer que sólo responde por cortesía á las palabras del nuevo galanteador, despertando en este, sin pensarlo, con su esquivéz, el amor propio herido. La coqueta sigue anhelante en su intriga y, á favor del antifaz, que autoriza lo que la buena educación rechaza, al ir á un baile en el que se halla su inocente amiga, hace ver al verdadero amante de esta, que tiene en frente un fuerte é invencible rival, logrando de este modo que se resienta igualmente su amor propio, y que á partir de aquella noche de baile, esperada como grata por los amantes, se inicie el rompimiento de unas relaciones que parecían presagiar un bello futuro.

Misivas, llenas de reconvenciones unas, y otras de disculpas, y después el recuerdo, es lo que queda de aquellos amores.

Es cierto que se deshizo aquel lazo amoroso, pero en verdad que la coqueta no puede ostentar el trofeo de su victoria, pues tan sólo no logra su objeto, sinó que pierde al amigo, porque este conoce entonces la trama urdida y da un adiós á la que sólo desprecio le inspira.

La coqueta halaga su vanidad cuando por un capricho provoca un duelo entre dos apasionados suyos, aunque estos para vergüenza de ella y arrepentidos después de mútuas declaraciones, al considerar el mezquino ídolo por quien rompían lanzas, vayan á terminar el enojoso asunto en torno de la mesa de un café, saboreando el agradable moka y dedicando más tarde á nuestra heroína una epístola severa y un tanto burlesca que los dos redactan, y que pudiéramos llamar la esquila de defunción de aquellos amores, que la obligan á exclamar, mirándose al espejo con una estudiada sonrisa: *á rey muerto, rey puesto*.

Esta mujer, que indiferente mira el rompimiento amoroso entre dos seres que se amaban, y que califica de romántica á la que llora la pérdida de otro corazón, porque el suyo nunca ha sentido amor; esta, que no ignora las continuas reconvenciones de la madre que ve como su hijo desperdicia en frívolos devaneos un tiempo muy precioso para el adelantamiento de su carrera, esta mujer que no se inmuta al observar que ella es origen de todo esto, sigue impávida su no interrumpida serie de conquistas, porque así existe dichosa, olvidada de sus deberes, desoyendo los consejos de los suyos y viviendo sólo para el tocador, que es su más querido confidente.

Cuando la coqueta es verdaderamente hermosa, ilusionada con este dón, cree más duradero el inseguro pedestal de su imperio, y no piensa que algún día tendrá forzosamente que derrumbarse. Ser la reina de los saraos y contar los días por sus conquistas; atraer en la calle las miradas de todos los hombres, hé ahí su ideal.

La coqueta no es exigente en condiciones personales, cuando pretende formar su corte de adoradores, pues como cree, seguramente, que su corazón no se ha de interesar jamás, cifra sólo su dicha y su orgullo en ostentar el mayor número posible de amantes, envueltos en sus artificiosas redes, desde el joven imberbe, que lanza su primer suspiro amoroso, hasta el célibe más encanecido en las luchas de Cupido.

Bulliciosa en el baile, romántica en el duelo, piadosa, aparentemente, en el templo, severa cuando viaja sola con su doncella, y expone á los compañeros de su agrado el objeto de su expedición, que es, por ejemplo, buscar alivio á sus dolencias en algún establecimiento balneario (nada le importa el lugar, pues este no es obstáculo á sus fines), sabe adaptarse perfectamente á todas las situaciones que se le presenten.

La coqueta, en fin, que, como ya hemos manifestado, comienza á demostrar su tendencia poco favorable en los albores de su vida, encuentra en la ju-

ventud un campo ilimitado para sus hazañas, siempre crecientes.

Mas el tiempo no pasa en vano y un día ve con sorpresa que él ha marcado una huella inexorable en su existencia.

Aquel espejo, confidente de sus devaneos y consejero inconsciente de sus frivolidades, le anuncia que ha llegado el fatal momento de mezclar una hebra de plata á sus negros cabellos y marcar una arruga indestructible en aquel rostro antes tan terso y sonrosado.

Este es un desencanto que hiere mortalmente el corazón de la coqueta; no obstante esto, es preciso luchar sin preocupación y lo hace con éxito por algún tiempo, gracias á los recursos de la moda.

Para fortuna suya, aunque no siempre sucede, guiado por el fulgor de un sol que ya declina, cae algún incauto en sus redes, y entonces la coqueta se presenta ante el mundo, vencedora, enarbolando la bandera de su victoria, que ya parecía haberse plegado para siempre.

Pero no la creamos segura en la cúspide de su nueva dicha. Esta es la última llamarada de una luz que brilla y se extingue por la postrera vez.

Sus frivolidades no pueden solidificar un lazo que las virtudes, á falta de la juventud, harían duradero y grato, y por consiguiente rompe apenas se anuda, legando á la coqueta su eterna desventura.

Abandonada, al fin, del hombre que no puede transijir con sus caprichos, vive sin afecciones, sin familia, pues hasta sus parientes se alejan de ella, quedándole sólo recuerdos que le son harto desagradables.

El espejo, su íntimo amigo, tórname en el más ingrato de ellos, y le reconviene por el tiempo que ha perdido. Él le hace observar que sus cabellos ya rechazan las flores que con empeño aún prende en ellos, que á su seno no sientan bien los encajes con que se esfuerza en adornarse, y que á su edad, en fin, conviene más bien un traje severo.

Mis amables lectoras: si halláis en vuestro camino una mujer de figura un tanto romántica, que lleva marcada en su rostro la justa melancolía que imprimen los desencantos de la vida, pero que pugna por sostener una sonrisa que huye presurosa de sus labios, porque es forzada, compadecedla. Esa mujer es la coqueta.

Por vuestra parte tratad con empeño de que el tipo que hemos presentado sea mañana tan sólo un recuerdo.

Educad á vuestras hijas de un modo conveniente para poder desempeñar la más alta misión confiada á la mujer, que es la de ser una excelente esposa y una edificante madre, ó la de una cariñosa hija y hermana.

Apartadlas de esas frivolidades que conducen á que sea la mujer puramente una muñeca de salón, un dije para adorno.

Instruidlas suficientemente ya que, según dijimos al principio, tiene hoy la mujer franco el horizonte del saber, para que, libres de preocupaciones y errores, sean las dignas maestras de sus hijos, y el más bello ornamento de la patria.

Recordadles lo efímero de las galas inherentes á la juventud; y hacedles amar las que forman esa hermosa diadema que se destaca brillante aún entre las canas de la ancianidad y que sólo se conquista con la virtud y el talento.

Hemos descrito, aunque concisamente, el tipo de la coqueta, repulsivo siempre hacia esa sociedad que por lo regular, sólo juzga aparentemente los efectos sin profundizar las causas.

No obstante estar lejos de nuestro ánimo hacer ahora su defensa, nos vamos á permitir indicar dos palabras, por último, en honor tan sólo de la verdad y para atenuar su falta.

Como no hay regla sin excepción, no negaremos, por tanto, que hay mujeres ligeras por naturaleza, que desde sus primeros años presentan las fatales inclinaciones que van formando á la mujer coqueta y á aquellas pertenece el tipo que acabamos de presentar, pero es lo cierto que en otras ocasiones la culpa de su coquetismo la tiene esa misma sociedad en que vive ó, mejor dicho, esos hombres que luego se burlan de aquella.

Ellos, salvadas honrosas excepciones de admiradores del talento de la mujer, designan á esta con el burlesco título de marisabidilla y, creédlo, bastará que una mujer adquiera nombre en las ciencias ó en las letras, para que los hombres huyan de ella.

Suprimimos el calificativo que este hecho merece, pues honraría muy poco al ser llamado fuerte. Mirad en cambio, por regla general, á la mujer vana que sólo habla de modas, de bailes, de conquistas, que

sostiene horas y horas una conversación superficial y empalagosa, y veréis como, rodeada de un considerable número de apasionados, es la que más baila en un sarao, la que más obsequios recibe en el paseo y, lo que es más extraño aún, la que tal vez llega primero al respetable estado del matrimonio.

Excusado es, pues, decir quien tiene gran parte de culpa en las debilidades de la mujer que, sin pensarlo, va adquiriendo el nombre de coqueta.

Nosotros preguntamos á esos mismos hombres que condenan el lujo y censuran á la mujer que lo ostenta, por qué se fijan más en la que luce más galas y más culto rinde á la caprichosa deidad de la moda, por qué no buscan á la joven modesta y, hasta añadamos, desgraciada, que vive retirada en el fondo de su hogar, siendo por sus virtudes el encanto y el sostén de sus padres, y galantean en cambio á las que llevan más costosos atavíos, que designan con el nombre de elegancia, como si estos fueran los títulos necesarios para acreditar su mérito.

Esa es la sociedad; aprecia y distingue á la mujer según el ostentoso aparato de galas que ofrece. No condenarla, pues, si sus desaciertos son el fruto consiguiente del poco aprecio que aquella rinde á la virtud.

Dejad el paso libre á la mujer los que ridiculizáis su talento, para que pueda entrar en el santuario del estudio y ser la competidora del hombre en el terreno del saber. No aleguéis que tiene más corazón que cabeza. Si su inteligencia es, por lo menos, como la de algunos hombres, su corazón le servirá para quedar siempre á gran altura en todo lo perteneciente á sus deberes como hija, esposa y madre.

Entonces, sólo, comprenderéis que la mujer ilustrada puede ser la digna compañera del hombre, ayudándole al sostenimiento de la familia, de un modo elevado, no condenada á la misión de sierva en las rudas faenas domésticas; entonces, al concederla mayores derechos que los que hoy tiene, veréis como insensiblemente se va desterrando de la sociedad la mujer llamada coqueta.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Madrid, 1884.

SONETO.

Yo adoré á Lisi, pero no pretendo
que Lisi corresponda á mi fineza,
pues si juzgo posible su belleza
á su decoro y mi aprensión ofendo.

No emprender solamente, es lo que emprendo,
pues sé que á merecer tanta grandeza
ningún mérito basta, y es simpleza
obrar contra lo mismo que yo entiendo.

Como cosa concibo tan sagrada
su beldad, que no quiere mi osadía
á la esperanza dar ni aun leve entrada,
pues, cediendo á la suya mi alegría,
por no llegarla á ver mal empleada
aún pienso que sintiera verla mía.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

CRISTINA DE PISAN.



GRANDE y bella es por cierto la misión de la mujer sobre la tierra. Cuando los resplandores del Evangelio fundieron las cadenas con que los pueblos paganos la tenían sujeta, haciendo de ella más un mueble que un sér, un objeto de lujo para su señor más que la dulce compañera del hombre, la que con su abnegación, su cariño, su ternura y su inteligencia sostiene y fortalece el ánimo de este y le ayuda á pasar sobre los abrojos de que está sembrada la senda de la vida, la mujer ocupó en la sociedad el puesto de honor que la correspondía, puesto lleno de sinsabores y de tormentos, de lágrimas y de amarguras, pero que tiene por premio la eterna auréola que brilla con fulgor inmarcesible en la frente de las que, comprendiendo su sacerdocio, han sabido cumplirla, y por ello todas las generaciones las llamarán bienaventuradas.

La Madre del Salvador al colocar su pié sobre la

cabeza de la serpiente aplastó los errores y tiranías de las sociedades paganas, en las que, aunque brillaron mujeres de mucho ingenio, de gran talento, y de vasta erudición, no lograron sin embargo emanciparse del yugo á que vivían sujetas, porque todas estas cualidades no estaban realzadas por lo que únicamente puede darles valor, que es la virtud; y Aspasia, Thais, Glycera ahogaron su celebridad de literatas y eruditas en las cenagosas olas de otra celebridad bien triste y nada envidiable por cierto, el título de cortesanas con que hoy mismo se las distingue.

Desde que el cristianismo difundió por todos los ámbitos del mundo sus puras y divinas doctrinas, la mujer ocupó el trono de donde la había arrojado el despotismo del hombre; el nombre de Virgen dejó de ser una estigma para convertirse en título de fortaleza y de gloria, y el de madre que antes no significaba más que un trabajo á que por su naturaleza estaba condenada la mujer, fué su título más grande, más santo y más digno de respeto. Por él la familia dejó de ser un rebaño de esclavos sometidos á la caprichosa voluntad de un amo déspota, árbitro de sus existencias; por él los hombres aprendieron á amar y sintieron penetrar en su corazón dulces emociones hasta entonces desconocidas; por él los mayores sacrificios se convirtieron en empresas fáciles y gratas de acometer; por él las lágrimas refrescaron por vez primera las mejillas del hombre que hasta aquel día se habían visto secas por la abrasadora fuerza del egoísmo; por él, en fin, por poderlo pronunciar, quiso Dios revestir nuestra humanidad, ya que era la única ventaja concedida por El al hombre y que El no pudiera compartir.

Interminable sería la lista de las mujeres á quienes debe el mundo gratitud inmensa por los beneficios que le han reportado. Santa Elena coloca la cruz sobre la diadema de los emperadores de Oriente; Santa Mónica encauza el inmenso saber de su hijo, convirtiendo en aguas saludables que eternamente fecundarán las tierras del cristianismo el desbordado río que se perdía miserablemente en los yermos campos del error y la mentira; Genoveva detiene la asoladora marcha del azote de Dios y libra á su país de los horrores de la invasión bárbara; Santa Clotilde hace del reino Franco la nación cristianísima, al conseguir que el agua del bautismo cayera sobre la cabeza de Clodoveo; Blanca de Castilla dió á este mismo reino un soberano que al morir trocó una efímera diadema por la imperecedera de la santidad; Berenguela, modelo de madres, que mereció llevar en su seno al Santo rey Fernando; María de Molina, contuvo los desbordamientos de una época de turbaciones, consiguiendo mantener el orden en el reino de Castilla; Isabel I, no menos grande por haber llevado á cabo la unidad de la monarquía española que por sus esclarecidas virtudes; Beatriz Galindo á quien su talento y su erudición nada comunes han valido y valen justa fama; Teresa de Jesús, cuyos escritos más parecen obra de celestes espíritus que de criatura mortal; Juana de Arco, mártir del amor á su patria, y otras muchas que en los anales de la historia del mundo tienen sus nombres escritos con caracteres de oro.

Pero tiempo es ya de ocuparnos de la mujer cuyo nombre encabeza estas líneas.

Poco á poco la educación de la mujer fué desarrollándose, y aunque hoy no son indiferentes al interés de los estudios serios, y las ciencias y las artes tienen en ellas muchos y muy valiosos adalides, no sucedía lo mismo en el siglo XIV en que floreció Cristina de Pisan. Si existen algunas mujeres que merecen un puesto en la galería cómica en que reinan Armanda y Belisa, hay muchas en las que la pedantería no ha paralizado el corazón, y cuya exquisita naturaleza no ha naufragado en el frío océano de la ciencia; tal fué Cristina, mujer por excelencia, adornada de todas las virtudes y de todas las galas del ingenio, digna precursora de aquella dama de elevado linaje, de delicado talento y fecunda imaginación, de Clemencia Isaura, que conservaba en Tolosa el sacro fuego de las musas y que tantas veces alabaron los laudes trovadores.

VICENTE SANCHO DEL CASTILLO.

(Continuará).

MISCELÁNEA.

Lo que puede una mujer.

Vamos á poner en conocimiento de nuestras lectoras, para que con su lectura pasen un rato ameno, los hechos que según un sabio norte-americano allá en sus excentricidades juzga de que es capaz una mujer. «Puede decir *nó* y quedar obstinada en su negación durante toda su vida.» También puede decir *nó* con voz tan suave, dulce é insinuante que suena como un *si*. Puede aguzar un lápiz mientras otros aguzan muchos. Puede bailar y divertirse toda una noche entera con unos zapatos que le son en extremo cortos. Puede pasar por la vidriera de una tienda de modas sin pararse para curiosarse en ella cuando por desidia ha dejado marchar el tren. Puede estar toda una noche con un niño que llora, sin antojársele maltratar á este. Puede por muchos años sufrir cariñosamente la indiferencia. Puede ir á la iglesia y conocer la *toilette* de cada compañera que asiste al templo, y en casos excepcionales puede dar una idea débil de lo que en el sermón se ha dicho. Puede mirar á su marido como una santa, cuando este con el pretexto de asistir al Club la engaña; y puede también encubrir á este que sabe que es mentiroso. Puede enviar medio metro de lana á su casa que está una hora lejos, y después de haber fastidiado al comerciante por mucho tiempo. Puede... éy qué no podrá? Todo lo puede excepto una cosa: no puede trepar un árbol

Una mujer notable.

La Sra. Enriqueta Greville que se ha dado á conocer con el pseudónimo Alicia Durand y que ocupa un puesto preferente entre los autores franceses de la actualidad y se ha conquistado una justa y bien merecida fama por la maestría con que en las novelas *Soina*, *L'Expedition de Saveli Doria* y otras ha dibujado la sociedad rusa, últimamente ha pronunciado un notabilísimo discurso en Zurich (Suiza) respecto á la posición que debe ocupar la mujer en la sociedad.

Este discurso ha sido oído con sumo interés por las personas de más significación en las letras, pues la esclarecida mujer que argumentaba respecto á los derechos de su sexo probaba en el curso de su peroración que tenía clarísima inteligencia adornada de vasta y selecta erudición. La oradora hizo la historia de la mujer en los tiempos pasados y encontraba que su sexo solamente era estimado, por su trabajo, á la manera de los que hacen hoy los orientales que la consideran como su *animal favorito*.

Pero en iguales circunstancias se encontraba en los tiempos del imperio romano cuando tenía la más amplia libertad que jamás ha gozado en la historia, porque á pesar de estar bien garantida, al parecer, la personalidad de la mujer en el matrimonio, es lo cierto y positivo que entonces también era objeto del más vil desprecio.

La opinión que tiene de su sexo la Sra. Greville respecto á la misión que por su naturaleza debe realizar en el mundo, es permanecer ajena por completo de toda significación social y entregarse con abnegación á ser, como compañera del hombre, la estricta cumplidora de sus de-

EN EL CAMPO.



LA LUNA DE MIEL, cuadro de Aug. Kaulbach, grabado por Brend'amour.

beres domésticos en el hogar doméstico.

La Sra. Greville, en su notable discurso pretendía probar la verdad de su tesis con ejemplos sacados de las distintas clases sociales, desde la mujer del jornalero que siempre madruga antes que su marido y que se acuesta después de él, hasta la señora de distinción que no tiene otro objeto que la dignificación de su esposo y la dirección y exquisito gobierno de su casa: funciones para soportar los contratiempos del hogar, ánimo alegre que siempre cautiva á los hombres y siempre los enamora; discreción para aliviar al esposo de sus pesares dulcificándole las horas que permanece en casa; tales son las cualidades de que debe estar adornada la mujer moderna para que realice adecuadamente su fin.

Con permiso de tan distinguida señora, honra de su sexo, diremos que no pensamos de la misma manera; que no hay motivo para recluir la mujer al hogar y no darle el papel principalísimo que la corresponde representar en el drama de la vida social. Y si pasamos á aducir argumentos favorables á los que sostenemos, nos serviríamos de la misma señora Greville, pues si no hubiera dado pábulo á las aspiraciones de su espíritu levantado, de seguro nos veríamos privados de sus obras de arte y del magnífico discurso en donde no podemos menos de confesar que á pesar de disentir de ella en el punto que combatimos, ha emitido conceptos que se tienen en muchísima estima.

La Sra. Greville cumple estrictamente con sus deberes domésticos, y con todo, se instruye, cultiva su inteligencia para con sus obras servir á la sociedad; ella pues es un ejemplo elocuente contra las ideas que en su discurso vierte respecto á que la mujer no debe tener la dignificación que el hombre en la sociedad.

La mujer en Polonia.

Mientras en todos los países de Europa el número de habitantes masculinos es mayor que el de habitantes femeninos, Polonia en este respecto es una excepción notable. Allí el sexo débil supera al fuerte en número. También en otros aspectos las mujeres polacas, y principalmente aquellas de posición, se tienen en su patria en condiciones privilegiadas.

El polaco nunca olvida la estima que debe á su mujer y al sexo femenino en general, siempre se encuentra dispuesto y prevenido á servirla. La fama de la hermosura de las mujeres polacas se ha esparcido por toda la Europa hace mucho tiempo. Ella es muy ingeniosa, aguda y posee fácil percepción, cualidades que en casos serios siempre van acompañados de resolución y ánimo. La conversación de una polaca instruye, es insinuante y de un encanto peculiar; habla con facilidad, aprisa y de una manera agradable. En la vida pública, en la literatura y en las bellas artes está acreditada la fama de las polacas, y no tiene rival la energía y patriotismo que demuestran para sacrificarse cuando las circunstancias lo exigen en obsequio de la patria.

BARCELONA:

Imp. de Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.



Correspondiente al núm. 23 de «La Ilustración de la Mujer»
 Barcelona 1.º de Mayo de 1884.

SUMARIO.

TEXTO: Revista de modas y salones, por D.^a Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los grabados, por F.— Un recuerdo de mis viajes, por Esmeralda Cervantes (conclusión).— El aeronauta, por D.^a Julia de Asensi (conclusión).— Cantares, por G. Saenz Diez.— El Pecado de Magdalena, novela original de ***, (continuación).— Sección Recreativa.

GRABADOS: 1 y 2. Abrigos de primavera.— 3. Traje de señorita. (Patrón).— 4. Sombrero redondo de paja azul.— 5. Sombrero de primavera.— 6. Capota de vestir.— 7. Traje de se-

ñorita para soirée. (Patrón).— 8. Traje de Amazona.— 9. Capota con ala de encaje.— 10. Traje blusa para niño.— 11. Traje con cuerpo paletó para niña de 13 á 14 años. (Patrón).— 12. Traje de casa para señorita.— 13.— Traje escotado para niña pequeña.— 14. Traje con cuerpo blusa para niña de 9 á 10 años.— 15. Capota de paja.— 16. Manteleta con esclavina. (Patrón).— 17 y 18. Traje para carreras de caballos, en primavera. (Patrón).— 19. Túnica redingotte.— 20 y 21. Delanteros y espalda de los números 19 y 22.— 22. Abrigo con mangas en forma de esclavina. (Patrón).



1 y 2.—Abrigos de primavera.

REVISTA DE SALONES Y MODAS.

El mes de abril, mis amadas lectoras, con sus días fríos y lluviosos, llena de pertinaz tristeza á la bulliciosa juventud madrileña, borrando de todas las mentes el dulce recuerdo, la hermosa esperanza de la riente primavera. No parece sino que hemos retrocedido á lo más crudo del invierno: nuestras calles llenas de barro, nuestros paseos desiertos, el límpido azul del cielo cubierto por pardas nubes que no se atreven á filtrar los rayos del sol, dan á la bella capital de España todo el aspecto de una ciudad del Norte.

Y nosotros, los hijos del espléndido Mediodía, necesitamos el sol para hacer gala de la movilidad de nuestro carácter, y cuando el hermoso astro se oculta á nuestras miradas, como sucede ahora, un pliegue, una sombra, traduciendo admirablemente el aburrimiento que nos embarga, cruza por todas las frentes.

Un mes de casi continuas lluvias basta y sobra para desanimar á todos los madrileños; por lo tanto, en esta revista apenas podemos mencionar novedades de importancia en el reino voluble de la moda.

Es cierto que de París nos vienen continuamente instrucciones, pero como no todas las modas francesas toman carta de naturaleza en nuestra España, hoy nos hallamos perplejos, puesto que medidas en sus casas nuestras elegantes, las corrientes de la moda divagan sin rumbo fijo por los espacios de la fantasía.

Há pocos días brillante enjambre de bulliciosas niñas invadieron las habitaciones de S. A. la Infanta D.^a Isabel. Eran las alumnas de solfeo que tiene en el Conservatorio la inteligente profesora D.^a Encarnación de Lama.

No pasaban las precoces artistas de los catorce años, y la amable Infanta se dispuso á escucharlas con la amabilidad que le es propia. Un *Nocturno* y una *Pastoral* de Garulli, un *Allegro* de Allari y varios trozos de Eslava, fueron las piezas que cantaron las infantiles alumnas, distinguiéndose particularmente la niña Carmen García, que apenas cuenta cinco años de edad, con la interpretación de una linda canción de Serrano.

La Infanta D.^a Isabel, á quien acompañaban los marqueses de Nájera y el Sr. Guelbenzú, conversó amablemente con las jóvenes alumnas del Conservatorio y felicitó en particular á la digna profesora que tantos lauros recoje en el difícil campo de la enseñanza.

Noticiosa S. M. la Reina de que las iglesias de dos pequeños pueblos de Aragón carecían completamente de las vestiduras y ornamentos sagrados propios para el culto, ha dado orden de que se remitan á los correspondientes párrocos magníficas casullas y cuantos objetos sean necesarios para que desempeñen con el decoro debido su altísimo ministerio.

La aplaudida *prima donna* del Real, Srta. Theodorini, ha recibido de S. A. la Infanta D.^a Isabel un precioso regalo, consistente en un abanico artístico, en el cual y sobre firme cabritilla se ve reproducido con admirable perfección el cuadro de Pradilla *La conquisista de Granada*. En las guías del abanico y formados con brillantes se leen los títulos de las obras en que más se distingue la simpática artista. Su Majestad la Reina ha regalado á la *diva* un magnífico brazaleté de brillantes.

En la animada recepción que tuvo lugar últimamente en el hotel de los barones de Goya-Borrás, llamaban especialmente la atención los condes de Vander, recién llegados á esta corte.

La condesa es joven y bella, sumamente amable y distinguida; el conde desempeña el cargo de secretario en la legación de Bélgica, y es indudable que ambos esposos se granjearán grandes simpatías entre la alta sociedad, que por otra parte les ha dispensado ya lisonjera acogida.

Si bien es verdad que la marquesa de Narros suspende sus agradables reuniones, con motivo de la indisposición que aqueja á su ilustre esposo, y que no se realiza ya el anunciado baile en casa de los señores de Fontagut, por hallarse gravemente enfermo uno de los miembros de la familia, en cambio dibújense deliciosas fiestas en el deslumbrador

horizonte del gran mundo, para el próximo mayo, entre ellas un brillante sarao, y las renombradas *matinées* que acostumbran á dar en primavera y otoño los opulentos marqueses de la Puente y Sotomayor.

Las ceremonias propias de Semana Santa se han celebrado en esta corte con la acostumbrada esplendidez, y el acto tradicional del Lavatorio en Palacio revistió inusitada solemnidad. Asistieron, además de los Reyes y las Infantas D.^a Isabel, D.^a Paz y D.^a Eulalia, los grandes de España, las damas de la Reina, el cuerpo diplomático, mayordomos de semana, gentiles-hombres, etc., etc.

Para esta ceremonia vestía S. M. la Reina precioso vestido de raso blanco bordado de oro, mantilla blanca de encaje y prendido de brillantes; la Infanta D.^a Isabel, elegante traje de raso azul pálido con flores bordadas, mantilla blanca y aderezo de perlas y brillantes; la joven princesa de Baviera, de blanco con aderezo de rubíes y brillantes, y la Infanta D.^a Eulalia, de terciopelo azul celeste y prendido de perlas.

Entre las damas de la Reina descollaban la duquesa viuda de Osuna, que ostentaba en la cabeza un magnífico sol de brillantes, y la condesa de Guacqui, que lucía en el pecho varias estrellas de brillantes también. La duquesa de Fernán-Núñez vestía de raso azul pálido y terciopelo granate; la duquesa de Bailén, de raso negro con lentejuelas de plata, y la de Maqueda, de raso crema con bordados de oro.

Terminado el acto del Lavatorio y después que se hubo servido la comida á los pobres, los Reyes, seguidos de su brillante corte, salieron á visitar los sagrarios, según acostumbran todos los años. En las calles por donde debía pasar la comitiva regia, se apiñaba la multitud, ansiosa de ver el aparato, en verdad brillantísimo, que despliega la ceremoniosa corte española en las solemnes ceremonias de Semana Santa.

Muchos han sido en verdad los sermones pronunciados en distintas iglesias madrileñas por conocidos oradores durante el jueves y viernes santo, pero los honores de la oratoria sagrada han pertenecido casi por completo á D. Benigno Cafranga, D. Julián Sierra, y los Sres. Borondo, León y Acevedo.

La prensa toda se ha ocupado con elogio del notabilísimo sermón sobre *Las siete palabras* pronunciado en la parroquia de San José por el sabio exmagistral de Santiago Sr. Zunzunegui, el primero indudablemente de nuestros oradores sagrados. Acudieron al citado templo, para oír la autorizada palabra del eminente orador, notabilidades en la política, en la literatura y en las ciencias, además de gran número de hermosas damas. Fué una verdadera solemnidad religiosa de la que se conservará grato recuerdo entre nosotros.

Sigue el tornasol, adorables lectoras mías, siendo la base de los trajes de primavera, que hoy permanecen estacionados al fondo de los roperos á causa del frío que han recrudecido las pertinaces y fastidiosas lluvias, y nada más elegante y de mejor gusto que un traje que acabamos de admirar de ese tornasol de seda, con falda plegada *echarpe*, túnica que acaba en punta por detrás, cuerpo de peto y pequeños *paniers* á los lados. Le acompaña una linda capota de raso con encajes.

Se llevarán muchas túnicas de granadina-cañamazo, á juzgar por la gran variedad de esas ligeras telas que se ven en los escaparates de nuestras más elegantes tiendas, y de cachemir y velo religioso sembrado de flores pequeñas, hemos visto preciosos modelos.

Para trajes de calle indícanse las faldas redondas y plegadas, las túnicas abiertas en *paniers*, los cuerpos de peto y las capotas de terciopelo y raso.

En cuanto á trajes de visita la moda en gran variedad ofrece multitud de caprichos ricos y elegantes á la par. Un modelo entre todos citaremos que ha llamado poderosamente nuestra atención, llegado há pocos días de París y destinado á una aristocrática viuda. Es la falda de terciopelo negro y raso color ceniciento plegada, el cuerpo con aldetá, de terciopelo también, con bordados de azabache, cuello y mangas guarnecidos de encaje y sombrero redondo con plumas cenicientas.

En sombreros de primavera podemos adelantar á nuestras lectoras las noticias más recientes.

Se llevará mucho el sombrero de paja negra adornado con terciopelo y cintas, las capotas de raso

y encaje, de crespón de tul y felpilla y muchas bordadas con azabache.

Parece que se acentúa la tendencia hacia las faldas lisas y las túnicas tableadas hacia atrás. El encaje-renacimiento, como adorno, alcanza general aceptación al propio tiempo que las manteletas de granadina ó seda brochada con *golpes* de felpilla.

Tales son, mis queridas lectoras, las novedades que nos ofrece el reino de la moda en la actual temporada de lluvias, y áun estas novedades nos han sido preciso buscarlas en aristocráticos salones y en los talleres de las más renombradas modistas; ninguno de esos modelos hemos podido admirar á la luz del sol, puesto que el rubicundo Febo niega hace más de un mes sus favores á los habitantes de la coronada villa.

Pronto, si se serena la atmósfera, tendrán lugar los paseos matinales, las carreras de caballos, la multitud de diversiones que Madrid ofrece á los elegidos de la fortuna, y entonces nosotros podremos prestar á nuestra crónica de modas toda la variedad y el encanto que hoy nos niega la elegante sociedad madrileña á consecuencia del mal tiempo.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO,

Madrid 22 abril de 1884.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1 y 2.—Abrigo de primavera.

1. Manteleta de damasco de realce.—Este elegante abrigo va guarnecido de rico encaje *chantilly*: de trecho en trecho, lazadas con caídas de rica pasamanería y perlas de acero: vuelta de mangas, de raso con encaje y lazo de cordones de perlas: doble gola de encaje. Preciosa capota de encaje y botones de perlas. Grupo de rosas al lado izquierdo. Cuatro puntas de lazadas de raso, colocadas encima del ala por delante, completan este elegantísimo sombrero.

2. Paletó de siciliana.—Dos plegados de siciliana alternados con tres franjas de fleco de seda é hilos de perlas de acero, componen la falda de costado á costado. La chaqueta lleva los paños delanteros seguidos hasta bastante abajo de la falda del abrigo. Rico fleco de seda adorna por delante estos paños, dando vuelta al cuello. Golpes de pasamanería en los delanteros y en las mangas. Este abrigo, por su elegancia y novedad, es adoptado en el extranjero por las señoras de mejor gusto. Sombrero bombero de paja azul claro: grupos de lazadas de cinta de terciopelo azul más oscuro: por delante dos plumas caídas en desmayo. Cinta ancha de terciopelo desde ambos costados que se anuda por detrás con un lazo, cuyas caídas van en la espalda.

3. Traje de señorita para soirée ó matinée dansant.—*El patrón en nuestro pliego de patrones.*—Falda de tafetán color verde agua, tornasolada de blanco, plegada con pliegues anchos: el de delante más ancho que los otros. Dos tiras de terciopelo verde oscuro van colocadas entre los pliegues. Paniers muy cortos, guarnecidos de encaje crema. *Puff* drapeado muy bajo.

Cuerpo con cinturón, con pliegues en el pecho. Escarpela de terciopelo verde oscuro en el hombro derecho, y sobre el encaje de las mangas. Cinturón del mismo terciopelo formando doble lazo, bajo un broche de plata vieja.

4. Sombrero redondo de paja azul guarnecido de terciopelo azul oscuro: gran escarpela colocada por delante con penacho de plumas azul claro. Las alas van forradas de terciopelo azul.

5. Sombrero de primavera.—De paja *veige* clara, formando una ala muy avanzada por delante, y por detrás un *babolé á canelones*: al rededor de la copa va una cinta ancha y al lado derecho, un adorno formado con lazadas de la misma cinta y un ramo de margaritas mezclado de rosas.

6. Capota de vestir.—Se hace de gasa rosada de seda color crema, forma *Vandeau*. Encima de la copa, por delante, un grupo de plumas crema, rematando en un sprit que se coloca coquetamente: lazos de terciopelo rubí, que salen por entre las plumas. Bridas de terciopelo del mismo color.

7. Traje de señorita para soirée ó matinée dansant.—Un volante plegado de raso rosa guarnece el borde de la falda, cuyo delantero forma delantal con un cogido *boufant* de terciopelo de realce rosa sobre fondo granate. Este delantero va encuadrado por los lados con un *coquille* de encaje crema. Tres volantes plegados de raso-rosa alternan en la falda con otros tantos de encaje. Una *draperie* muy corta de otomana rosa va drapeada sobre el *puff*, recogida en los costados con un lazo flotante de terciopelo granate. Cuerpo de pico de otomana rosa pálido, abierto en el pecho y dejando ver un *plastrón* de terciopelo de realce igual al de la falda. Lazos de terciopelo granate puestos graciosamente sobre el encaje de las mangas. Rosa roja en los cabellos.—*El patrón en nuestro pliego de patrones.*

8. Traje de amazona.—Los trajes de amazona se hacen de finísimo paño ó cachemir negro, azul ó verde

muy oscuro. Nuestro modelo está hecho de falda lisa, que es mucho más cómodo que la plegada, pues esta resulta demasiado pesada y muy ancha. El cuerpo, de punta casi imperceptible, se hace generalmente con postillón muy corto por detrás. Lo más elegante es sombrero de copa sin velo, con un cordón de oro en el borde del ala, y una tira de terciopelo rodea la copa. Cuello blanco de tela lisa lo mismo que los puños. La chaqueta lleva cuello oficial cerrado por un elegante alfiler, que debe procurarse sea muy sencillo. No olvidar que en estos trajes la verdadera elegancia es la sencillez.

9. Capota con ala de encaje.—El fondo es de paja negra, y el ala que tiene 8 centímetros de ancho, es de encaje doble puesta sobre tul de armar, plegada y adornada de gruesas perlas entre los pliegues del encaje y formando corona. Esta capota va adornada de un grupo de rosas *thé* colocadas entre un *coquille* de encaje; un doble lazo de terciopelo crema, colocado al lado derecho. Largas bridas del mismo terciopelo.

10, 11, 12, 13 y 14.—Trajes de casa y paseo para señora y niños.

10. Traje blusa para niño.—Esta blusa tiene 65 centímetros de largo por delante y por detrás. La falda plegada, 21 centímetros de largo; las solapas 8 centímetros de ancho, formando por detrás cuello marino. Botones de oro para cerrar el cuerpo, y vueltas de manga de la misma tela de las solapas.

11. Traje con cuerpo paletó para niña de 13 á 14 años.—*El patrón en nuestra hoja de patrones.*—La falda va plegada á pliegues de 7 á 8 centímetros de ancho, y en el borde un volante estrecho. La *draperie* tiene 54 centímetros de largo por 50 de ancho, va drapeada por medio de pliegues colocados ligeramente en *biés* por delante. El cuerpo paletó, cuya forma recuerda el paletó Luís XIII, se abre por delante, sobre un chaleco abotonado hasta abajo y formando á cada lado un pliegue que figura un segundo chaleco. El paletó lleva en ambos lados adornos con bieses y botones figurando *Brandebourgs*; por detrás lleva anchos pliegues. Este graciosísimo traje es de lana marrón rayado de dos tonos para la falda, más oscuro para la túnica y paletó, y de un tono más claro para el chaleco. Lazos y un cinturón *charpe* de cinta de terciopelo marrón.

12. Traje de casa para señorita.—La falda drapeada por ambos lados, delante con gran cantidad de pliegues sujetos por lazos de terciopelo de largas caídas. La parte de falda que forma delantal, va levantada por detrás en las caderas sobre el *puff* drapeado por detrás. El cuerpo, con grandes solapas, se abre por delante sobre una camiseta *boufant* de tul moteado ó de encaje, sujeto á la cintura por un broche de acero cincelado que también sujeta el cuerpo. Este traje se hace de lana gris con lunares de terciopelo más oscuro. El cuerpo, de lana lisa, va adornado de terciopelo más oscuro.

13. Traje escotado para niña pequeña.—Este modelo se hace de terciopelo azul claro, con bieses de raso, y se compone de una falda plegada y cuerpo largo con mangas cortas. Lazos de raso gris.

14. Traje con cuerpo blusa, para niña de 9 á 10 años.—Falda con anchos pliegues bordada á ramos de *soutache* y que deben tener 15 centímetros de ancho. El cuerpo blusa se hace sobre un cuerpo ajustado de lanilla ú otomana, concluyendo por un *boufant* que acaba sobre la falda. Cuello de terciopelo marino. Este cuerpo va abotonado por delante, por lindos botones de plata vieja.

15. Capota de paja.—Copa de paja azul oscuro, cortada en punta por detrás, á fin de que se deje ver el peinado bullonado de terciopelo azul claro. Bouquet de rosas al lado derecho y media guirnalda de hojas al lado izquierdo.

16. Manteleta con esclavina.—Este modelo se hace de diagonal marrón forrado de raso. La manga la forma una parte de la esclavina, y la falda corta que sale por debajo de esta va sujeta al cuerpo y con dos anchos pliegues por detrás. Una cartera de raso, que vuelve para afuera, engancha en un botón de acero cincelado. Este graciosísimo modelo y muy nuevo, será uno de los más favorecidos de la presente estación. Cuello de terciopelo.—*Patrón en nuestro pliego de patrones.*

17. Traje para carreras de caballos, en primavera.—Este original y elegante traje es de grano de seda gris *ardoise*, salpicado de cabezas de caballo de un tono más claro. Un pequeño volante plegado de raso *ardoise* va colocado en el borde de la falda y sobre el cual cae una franja de perlas grises de acero; bandas de terciopelo negro van de trecho en trecho todo al rededor de la falda. Por delante y á cada lado, dos *draperies* que concluyen en pico, adornadas de un ramo de perlas, que han de caer sobre la franja. Dos escrúpulos de *paniers* caen por detrás bajo una *draperie* que cae derecha plegada en forma de abanico. Broches de perlas sujetan la *draperie* de delante en el cuerpo. Sombrero de terciopelo negro, adornado por una flecha de plata, y guarnecido por un elegante grupo de plumas grises de dos tonos.—*Patrón en nuestro pliego de patrones.*

18. Espalda del número 17.

19. Túnica redingotte.—Este elegantísimo traje se hace de gasa, con dibujos de terciopelo; va forrado de raso y sobre una falda de otomana guarnecida en el borde por tres volantes de Chantilly. Por delante se abre la redingotte, y deja ver la falda adornada por volantitos de

Chantilly. Cuerpo de pico y escote cuadrado. Camiseta de gasa blanca con gola de encaje. Tanto los delanteros de la falda de la Redingotte como el escote, van adornados por una tira de terciopelo con botones de fantasía.

Sombrero de paja con ancha tira de terciopelo al rededor de la copa, y grupo de plumas por delante.

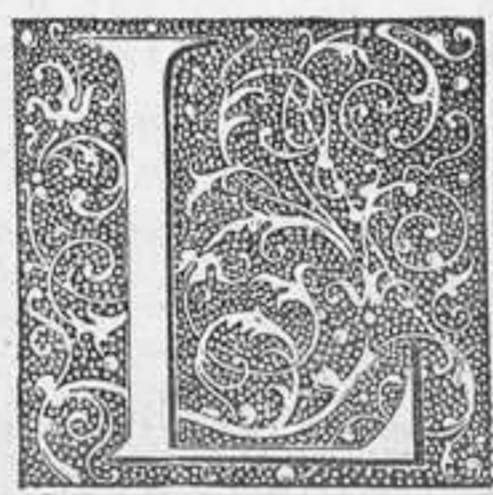
20 y 21. Delanteros y espalda de los números 19 y 22.

22. Abrigo con mangas en forma de esclavina.—Este modelo es de paño gris claro, ó cachemira, con flores de seda de realce. Cuello de terciopelo marrón y broche de fantasía. Por detrás (como puede verse en el número 21) va adornado por tres órdenes de cordones de pasamanería que caen sobre la falda. Sombrero media copa de paja negra con las alas vueltas en los lados y forradas de terciopelo marrón. Grupo de plumas con sprit marrón claro.—*Patrón en nuestra hoja de patrones.*

UN RECUERDO DE MIS VIAJES.

ASCENSIÓN AL TEYDE (TENERIFE).

(Conclusión.)



A cima del Pico forma un muro circular; á él subimos y colocados sobre su piedra más alta dirigimos una plegaria á Dios dándole gracias por haber llegado sin accidente, y destapando unas botellas de espumoso Champagne, brindamos por nuestra querida España, por nuestras familias, por nuestros amigos y por nuestro feliz regreso á la Orotava.

Cabrera sacó un papel y con voz solemne y sonoro me dedicó un brindis improvisado durante las veinticuatro horas que había durado su silencio.

Estébanez, rendido de fatiga, descansó sobre unas lavas, que sólo abandonó al sentir las ardientes caricias de uno de los respiraderos del volcán, sobre el cual se había sentado y que suavemente le había quemado el traje.

Todos buscaban cristalizaciones para ofrecermé y llamaban mi atención, ya señalándome la isla de San Balandrán, que en su fantasía descubrían, ó la gran caldera de Las Palmas, molde exacto del volcán donde nos encontrábamos.

Yo me senté sobre una roca de cara á España; las estrellas aún brillaban veladas ya por los nacientes rayos del sol: este astro majestuoso salía con lento paso y á mis piés se formaban copos de blanquísimo algodón que por momentos me ocultaban el inmenso horizonte, las islas y la base de la montaña. ¡Grandioso espectáculo que sólo pueden describir plumas como la de Castelar ó poetas como Balaguer y Zorrilla!

Mi ancho sombrero me preservaba de los rayos del sol, mis piés vacilaban sobre el abismo, mil ideas cruzaban por mi imaginación alentada por el majestuoso silencio que nos rodeaba.

Mis ojos se velaron y soñé. Recordé mis viajes triunfales por Europa y América, ví flores y laureles ofrecidos por poetas y trovadores y pueblos que aclamándome me tendían las manos para que deslizándome sobre las nubes abordase á sus playas cariñosas.... Disperté á los cantos de mis compañeros que dedicaban á la patria y al amor, á la felicidad y al dinero... Recogí mi espíritu y pedí á Dios un retiro solitario, un nido oculto en la cumbre de una montaña, lejos de la envidia y la intriga, de la calumnia y la hipocresía, pulsando mi arpa sólo para Dios.

Mis compañeros de viaje, como decía, al despertarme me enseñaron diferentes cristalizaciones que habían arrancado de las grietas del cráter; para llegar á él, tuve que vencer las enormes rocas que en forma de muralla coronan el Teyde, y por unas cortadas á pico descendimos al fondo de la caldera. Por diferentes aberturas salían vapores acuosos produciendo un ruido extraño y un olor sulfuroso. Según la opinión de varios sabios que han visitado el Teyde, el volcán por su centro ha permanecido muchos años en inacción y las erupciones tenían lugar por sus costados.

En algunas grietas arrancamos cristalizaciones de sulfato de sosa y amoníaco, así como azufre cristalizado y diáfano en su superficie, y otros minerales que no me permito analizar. Imposible nos era estar mucho tiempo en un mismo sitio, por el ardor que salía del suelo.

El guía nos hizo observar que debíamos emprender la marcha, por lo avanzado de la hora y el calor insoportable que nos enviaba el astro del día.

Dirigí mi vista por última vez á esa inmensidad, á

esas nubes que en forma de montañas de nieve se mecían á mis piés, y agitando el pañuelo lancé un beso á mi querida patria.

Benedicto y García me cogieron del brazo y nos dejamos arrastrar por las cenizas volcánicas, bajando en pocos minutos el terreno que habíamos tardado dos horas en subir; verdad es que dejamos en recuerdo parte de nuestro calzado y de la túnica de mi vestido.

Uno de mis grandes deseos al subir al volcán era visitar la gruta del Hielo, que se encuentra á 3.456 metros sobre el nivel del mar y al pié del Pan de Azúcar, y confieso que á pesar de haberla visitado, no me explico como en ese conjunto de piedras volcánicas, entre grietas sin fondo, existe una gruta de 5 metros de altura y de longitud desconocida, como rodeada de filtraciones sulfurosas y donde emanan bocanadas de humo ardiente, se encuentre una corriente de agua sobre un depósito de hielo.

Enormes carámbanos penden del techo de la gruta, y de su suelo completamente terso se eleva en un extremo una masa de hielo de unos 3 metros de altura con todas las formas de un obispo: traje talar, manto, mitra y báculo.

A muchas suposiciones y leyendas da lugar esa gruta de hielo rodeada de fuego, en cuyo centro se agita una cantidad de agua, ignorándose de dónde viene y á dónde va, y hoy mi curiosidad, más avivada que en aquel momento, me hace desear hacer otra vez esa excursión, para ver de averiguar lo que hay de positivo sobre su dimensión, aunque fuese llegar á lo más profundo del volcán, y quizá en esta investigación encontrase un camino recto ó torcido para llegar á la caldera central y ver los potajes que allí se cocinan.

A las diez regresamos á «Alta Vista», en donde mi querida madre, sumamente inquieta, nos tenía preparado un opíparo almuerzo y cuidaba del pobre Quintero, que más muerto que vivo deseaba el momento de llegar á la Orotava.

Nuestro cansancio era tal, que sólo anhelábamos el santo suelo para descansar de tanta fatiga, y así olvidamos en un apacible sueño las horas que transcurrieron, desoyendo los consejos de nuestro guía, que nos instaba para marchar.

A las tres emprendimos á pié la horrible bajada que tantos vértigos nos había causado al subir.

Estábamos á las diez de la noche en la región de los laureles, en la más completa oscuridad, pues la luna creciendo no había tenido á bien enseñarnos un hilo plateado de su brillante cabellera, envueltos en una densa nube durante tres horas que nos hizo muy peligrosa la situación, y á no ser por la voz de Valle que en gritos lastimosos decía: «¡ique me paren la mula! ¡ique me paren la mula!» y la estentórea de Salas que de lejos le gritaba: «¡vuélvela para acá: tira la brida!» á lo que replicaba moribunda y medrosa la del pobre Bernardino: «¡isi no puedo! ¡isi no sé!!!» es probable que nos hubiésemos perdido entre la niebla.

Mas lejos mi pobre madre, sostenida por dos guías, pedía un carruaje por todo el oro del mundo, ó un momento de descanso, lo que el guía no se dignó conceder para aprovechar un cuarto de luna que debía alumbrarnos al atravesar el bosque verde....

Dos horas antes de llegar á Reulejos fué necesario que García á escape fuera á buscar un sillón con hombres de carga, y así sólo mamá pudo llegar al pueblo, y de allí á Orotava.

A bordo del *Pampa*, 19 de agosto.

Cómo á una amiga querida, yo te saludo, «Teide», y te doy gracias desde lo más hondo de mi corazón, por haber sido el móvil que me trajó á esas islas, en las que he conocido, y con tanto dolor me separo, amigos sinceros y leales que llenarán de orgullo mi carrera artística. Largo sería enumerar á cuantas personas se han desvelado para serme útiles, ya enseñándome las bellezas que encierran sus pueblos y campiñas, como preparándome laureles que, aunque inmerecidos, recojo con tanto placer, y los que á bordo del vapor estrechaban la mano de mi querida madre y la mía, reciban el último adiós que desde la nave les envía

ESMERALDA CERVANTES.



3.—Traje de señorita para soirée. (Patrón).



4.—Sombrero redondo de paja azul.



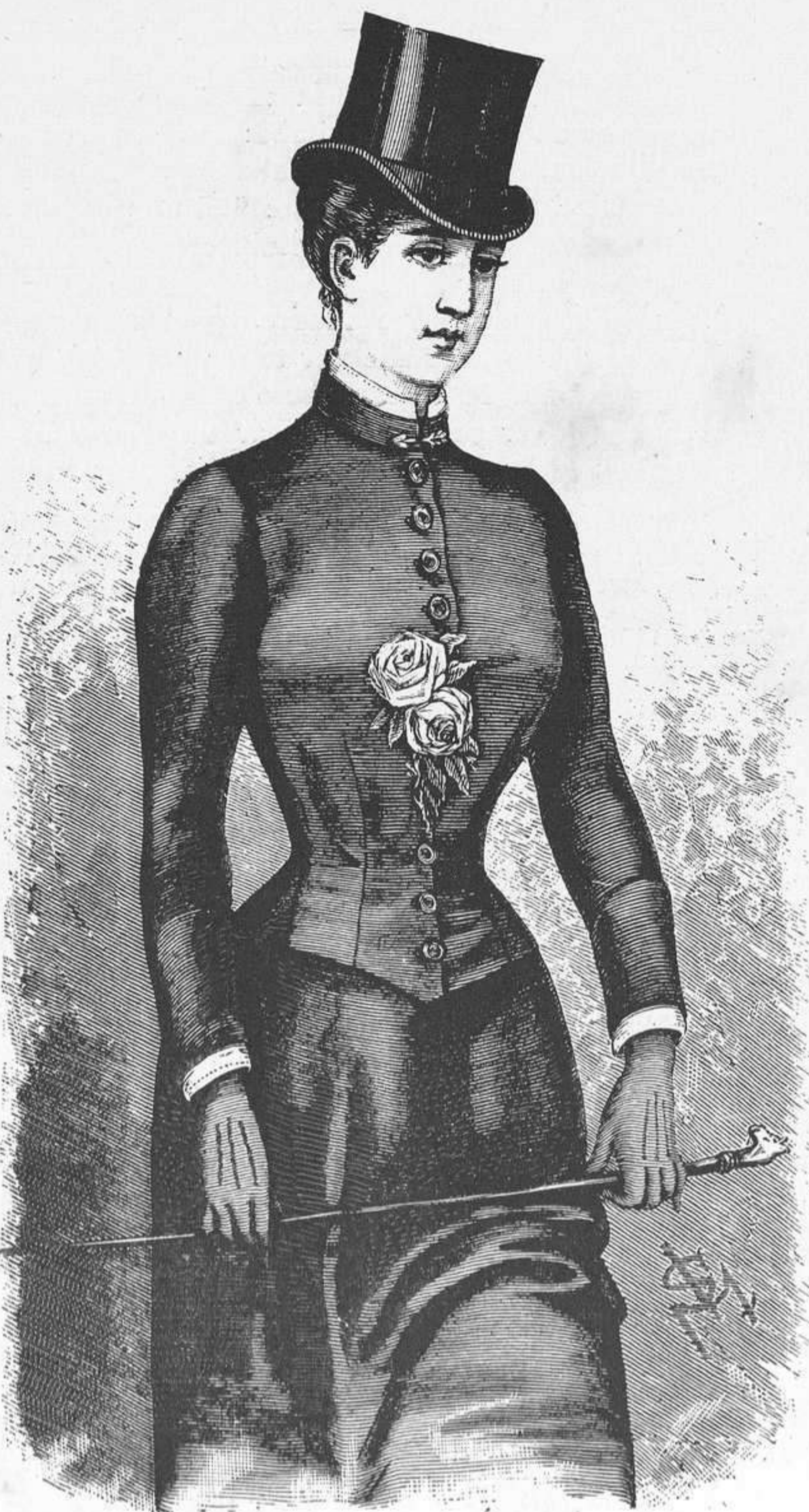
5.—Sombrero de primavera.



6.—Capota de vestir.



7.—Traje de señorita para soirée. (Patrón).



8.—Traje de Amazone.



9.—Capota con ala de encaje.



10.—Traje blusa para niño.

11.—Traje con cuerpo paletó para niña de 13 á 14 años (Patrón).

12.—Traje de casa para señorita.

13.—Traje escotado para niña pequeña.

14.—Traje con cuerpo blusa para niña de 9 á 10 años.



15.—Capota de paja.



16.—Manteleta con esclavina. (Patrón).

EL AEREONAUTA.

(CONCLUSIÓN.)

III.



Así lo hizo María. Cuando sus padres se ausentaban, iba á visitar al herido acompañada de Santiago, que miraba con la mayor curiosidad al extranjero. Este se reponía lentamente, pues su espíritu sufría más que su cuerpo.

El desgraciado no tenía ropa ni dinero, y se veía obligado á aceptarlo todo de D. Remigio.

Varias veces había empezado á escribir, pero el cansancio le rendía antes de acabar la carta; había intentado poner un telégrama, pero no le habían entendido, ni había en aquel lugar estación telegráfica. La desesperación del joven no tenía límites y sólo conseguía calmarle la presencia de María, que adivinaba algunos de sus deseos, realizándolos al instante. Ella le enseñaba un poco de español, nombrándole los objetos que tenía á la vista; él repetía las palabras y las conservaba en su memoria, pero no podía sostener una conversación con la joven.

De esto resultó que los temores de la señora de Rey se realizaron, que su hija se enamoró del forastero, sintiendo por él una pasión pura y vehemente y que la desgracia fué mayor de lo que sospechó la previsora madre, puesto que el inglés, á quien sólo distraía la niña, no correspondió á aquel sentimiento amoroso más que con una sincera amistad, estando decidido á partir en cuanto pudiese para no volver á aquella hospitalaria tierra. Su estado físico se mejoró al fin, pero el moral inspiró al médico serios cuidados. Aquel enfermo que no podía decir lo que sentía, que tenía un gran pesar porque no regresaba á su país ni sabía de su familia; aquel amante de la ciencia, por la que había abandonado al uno y á la otra, que pensaba en su compañero de viaje, al que juzgaba muerto para prolongar su vida, estaba eternamente triste y le parecía que insultaban su pena aquel sol siempre radiante y aquel cielo azul y despejado.

Una mañana logró al fin escribir una larga epístola. Puso el sobre, lo cerró y entregó aquel pliego á Santiago, que al punto se lo enseñó á María. Estaba dirigido á una señora llamada Juana Smith y lo enviaba á Londres. La niña ordenó á su hermano que llevase aquella carta al correo, que la pusiera un sello, procurando disimular su pena porque no dudaba que al recibir aquel aviso la madre del viajero le haría volver en seguida á su lado. Muchas lágrimas vertió la joven y aún tenía los ojos enrojecidos cuando entró en el cuarto del convaleciente. Él la miró asombrado, le preguntó medio en inglés y medio en español la causa de sus lágrimas, y María, sin contestarle, inclinó la cabeza sobre el pecho. Acaso adivinó entonces el amor de la niña, porque no la interrogó más, mostrándose desde entonces más retraído con ella.

Los días fueron pasando, lentos para el viajero, rápidos para la joven.

Una tarde que aquel se hallaba sentado junto á la ventana, contemplando el mar, oyó de pronto el alegre ruido de las campanillas de dos mulas y el sonido de un carruaje. Era el que conducía á los pasajeros desde la cercana villa á aquella aldea. Detrás del coche, que al fin apareció á corta distancia de la casa, corrían algunos chicos del pueblo gritando y riendo porque en el interior iban tres señoras con largos abrigos y grandes sombreros, cabellos muy rubios y flotantes, ojos azules sin expresión y mejillas rojas en la madre y sonrosadas en las hijas. Al verlas bajar cuando el carruaje se detuvo, el inglés lanzó una exclamación de júbilo, salvó corriendo la distancia que le separaba de las viajeras y, después de hacerlas entrar y de cerrar la puerta para entregarse á solas á las expansiones de su alegría, las abrazó con cariño.

—Madre, Catalina, Matilde ¡qué feliz soy al volver á estrecharos contra mi corazón!

—¡Walter querido! exclamaron ellas prodigándole tiernas caricias.

María y Santiago llegaron en aquel instante y el joven los presentó á su familia. Miráronse con curiosidad primero, con interés después; la señora de Smith alargó por fin su mano á los jóvenes y las dos hermanas besaron á la niña.

Almorzaron con los señores de Rey, hablándose los unos y los otros sin entenderse.

Por la noche la señora de Smith quiso saldar sus cuentas con don Remigio, entregándole una crecida suma, que el caritativo caballero rehusó con dignidad.

—Désele V. á los pobres, murmuró; yo, á Dios gracias, nada necesito.

María estaba cada vez más triste; comprendía que el momento de la separación se aproximaba.

En efecto, á la mañana siguiente la señora de Smith y sus hijos debían partir á la vecina ciudad para dirigirse desde allí á Inglaterra.

Las tres damas repitieron sus palabras de reconocimiento á los señores de Rey y á los jóvenes, y subieron al carruaje que las había conducido la víspera. Walter se despidió á su vez de D. Remigio, de su esposa y de Santiago.

Al aproximarse á María, estrechó entre sus ardorosas manos las frías y trémulas de la niña, diciéndole:

—Mi primer cuidado al llegar á Londres será buscar un profesor que me enseñe el idioma de usted, quiero escribirla y entender lo que me escriba. Jamás olvidaré su afecto y su tierno interés. En ninguna parte me hubiesen asistido como aquí. V. me contará lo que hace, sus amores, los detalles de su boda, cuando se case, me hablará de su nueva familia, de su felicidad que deseo más ardientemente que la mía. Yo... ¿qué la referiré? mis viajes, mis estudios, mi gloria si la alcanzo...

—¿Volverá V. á subir en globo? preguntó María.

—¿Por qué no? En cuanto llegue á mi patria tal vez. Echaré de menos ¿por qué negarlo? para mis viajes aéreos al fiel amigo que me acompañaba y cuyo cuerpo destrozado se ha encontrado al pié de una montaña, según mi madre me ha dicho. ¡Pero hay tantos amantes de la ciencia! Otro vendrá conmigo y reemplazará en todo, menos en mi afecto, á mi inolvidable Jorge. Adiós María, acuérdesse de mí.

El joven subió al coche muy conmovido, sin que la niña, que no podía contener sus lágrimas, le dirigiese ni una palabra más.

IV.

Lentamente trascurrió el tiempo para los dos hijos de D. Remigio Rey. Ya no les agradaba su tranquila existencia, ya la aldea era insostenible para ellos y tristes y pensativos paseaban á la orilla del mar deseando un cambio completo en su vida.

Algunas veces hablaban del inglés, de aquel Walter Smith que se presentó ante ellos como una aparición, del que no habían vuelto á saber nada, aunque calculaban que podía haber aprendido de sobra el español. ¿Habría olvidado su promesa? Era más que probable.

Los padres de María habían concertado el casamiento de la joven con un pariente lejano de doña Mercedes, el que se había establecido en la aldea con el solo objeto de tratar á su prima y hacerse amar de ella. Santiago aconsejaba también á su hernana que se casase.

—¿Cuál es tu porvenir? le preguntaba; nuestros padres se van haciendo viejos y su anhelo es dejarte colocada porque yo no soy un gran apoyo para tí. Algún día también podré crearme una familia, y entonces, á pesar de que mi cariño no te faltará nunca, te encontrarás muy sola.

—No amo á José, contestaba siempre María.

—¿Amas á otro?

—A nadie.

—Yo hubiese querido para esposo tuyo á un hombre como Walter Smith; pero cuando este no ha vuelto á ocuparse de nosotros, prueba es de que su afecto no duró más que la breve temporada que estuvo al lado nuestro, y no debemos pensar más en él.

María suspiraba al pronunciar su hermano estas palabras y no le respondía.

Al fin, mucho tiempo después de la partida del aereonauta, recibió la joven una carta fechada en Londres, que estaba escrita en un español bastante correcto y que decía, poco más ó menos así:

«Si V., amiga María, hubiese continuado siendo mi profesora, hace muchos meses que hablaría su idioma á la perfección: pero por desgracia no he encontrado un buen maestro hasta hace poco y esta ha sido la causa de mi inconcebible y prolongado silencio.

¿Para qué escribirla si V. no me había de comprender?

Acaso me habrá juzgado ingrato, pero el cielo sabe que no lo soy; recuerdo siempre con melancólico placer los días que con V. he pasado y en los

que se me aparecía como el arco iris después de la tempestad. Terrible era la que reinaba en mi alma y si no me volví loco, lo he debido únicamente á V.

He hecho desde que me alejé de España un viaje más de recreo que de estudio; nada ocurrió durante él digno de mención, no hubo peligros, ni impresiones, ni ningún descubrimiento notable; he visto desde una inmensa altura, en la barquilla de mi globo, que es nuevo y le he puesto el nombre de usted, montañas que no son las de su aldea y mares cuyas olas no han arrullado su cuna jamás; no he deseado descender sobre las unas ni sobre los otros; no he querido añadir un capítulo á la novela empedrada en ese rincón de la tierra y que no se acabará nunca.

Usted y yo hemos nacido con alas, pero á V. se las cortaron desde que vino al mundo y no cruzará jamás el espacio; yo en cambio sólo vivo feliz en él y mis amores y mis amistades no se hallan aquí abajo; debo querer como se quiere en el cielo.

Usted se casará algún día con un sér que, aunque no la comprenda, la admirará; yo no me crearé una familia, porque moriré de un modo desgraciado y no envolveré en mi desdicha á nadie. Estoy plenamente convencido de ello y sin embargo no desisto de mis viajes aéreos y pronto, muy pronto, emprenderé uno, el último tal vez. ¿Quién sabe si cuando llegue esta carta á sus manos no existirá ya?

Conozco su corazón generoso y sé que derramará algunas lágrimas por mí, y sin embargo yo no quiero que me llorase; sus ojos son tan bellos como tranquilos y no los debe empañar ni la más ligera nube.

Acaso advertirá V. en mi carta un tinte de melancolía que no me es dado desechar; mi alma está algo enferma y no comprendo lo que podrá curarla. Quizá será por la inactividad forzosa en que he vivido durante tanto tiempo, por eso quiero extender de nuevo mis alas y volar lejos, muy lejos.

Adiós, María, deseo que no me olvide V., que me consagre un recuerdo como á un hermano querido en pago del afecto fraternal que me inspira. He nacido en un país donde la amistad no se finje ni se vende; al decirle que cuente con la mía es igual que si le asegurase que no hay en la tierra peligro ni desgracia que no arrostrase por V., su afino.

Walter Smith.

Mucho lloró la pobre niña al leer estas líneas, mucho rogó para que Dios librase de todo riesgo al intrépido aereonauta, pero los días de aquel extranjero á quien amaba ardientemente estaban contados y María no tuvo ya más cartas de él.

V.

Apenas habían trascurrido dos semanas, recibió don Remigio Rey un periódico de la corte, hallándose con toda su familia en el espacioso comedor de la casa.

Lo estaba leyendo en voz baja, alzándola sólo cuando algún párrafo llamaba su atención y comprendía que era de interés para su mujer y sus hijos. Ya había leído muchos indiferentes para María, cuando el bienhechor de aquella aldea exclamó:

—¡Pobre joven! ¡cuánto siento haberle conocido!

—¿A quién? preguntó D.^a Mercedes.

—A aquel inglés que se albergó en nuestra casa hace tiempo, cuando herido y desesperado estuvo á punto de morir.

—¿Qué le ha sucedido? interrogó Santiago que no olvidaba nunca á Walter.

—Oid, prosiguió D. Remigio.

Y leyó lo siguiente:

«Los periódicos ingleses nos dan cuenta de la última ascensión en su globo *Mary* del celebre é ilustrado aereonauta Mr. Smith.

Sabido es que este noble joven en época aun no lejana cayó en el mar después de un peligrosísimo viaje, debiendo su salvación á unos humildes pescadores de una de las más miserables aldeas de nuestra España, según ha referido la prensa de Londres.

Mr. Smith ha sido esta vez menos afortunado; después de algunos días de incesantes riesgos, el aereonauta y dos amigos que le acompañaron en su ascensión, se han estrellado contra unas rocas donde el destrozado globo, que bajaba con una rapidez vertiginosa, los arrojó.

Como ninguno de los viajeros ha sobrevivido á la catástrofe, se ignoran por completo los detalles de la expedición.

Los cuerpos de los tres tenían numerosas heridas y contusiones.

Los cadáveres han sido entregados á las respecti-

vas familias, habiendo asistido al entierro una muchedumbre inmensa que fué á rendir el último tributo de cariño, admiración y respeto á los distinguidos aeronautas que, en lo más hermoso de su juventud, habían dedicado su vida al estudio y á la ciencia.

Mr. Smith era muy amante de España y poseía nuestro idioma; había publicado unos artículos sobre nuestro país, y por ellos sabíamos que había caído una vez en cierta aldea...»

—¿Qué tienes, María, te has puesto mala? interrumpió doña Mercedes.

En efecto, la pobre niña que tanto había amado á Walter desde que le vió, al oír su trágico fin había perdido el conocimiento.

Mucho lloró á su amigo y el recuerdo de éste no se borró de su mente jamás.

Diariamente leía la única carta que recibiera del inglés, entonces le parecía que él la hablaba, que le veía, que le escuchaba, que no había de separarse nunca de él.

El tiempo mitigó su pena, pero nada más.

Dos años después consintió en casarse con su primo que, hombre vulgar y un tanto grosero, no la hizo feliz.

La vida de la joven se pasó triste y solitaria; fué fiel á su esposo, y sin embargo, si él hubiera tenido más corazón y más inteligencia hubiese comprendido que en su alma sólo reinaba la imagen de un muerto.

Frecuentemente se sentaba mirando al mar y contemplaba las nubes, ya pardas, ya rojas, estremeciéndose cuando un pájaro cruzaba el espacio, porque al aparecer como un punto negro en el horizonte un recuerdo asaltaba su mente.

María esperaba siempre algo que había descendido ya una vez del cielo creyendo que aún podía de nuevo descender.

JULIA DE ASENSI.

CANTARES.

Unos mendigan dinero,
otros mendigan destinos,
y por mí desgracia, yo
voy mendigando cariño.

Triste cosa es el morir
de nuestra vida en la flor,
pero es más triste vivir
sin Dios, sin fé ó sin amor.

Es tanto lo que te adoro,
niña de mi corazón,
que á Dios humilde suplico
con anheloso fervor
no quieras nunca á ninguno
como á tí te quiero yo.

Si cada vez que en tí pienso
una flor nueva brotara
se cambiaría en vergel
el gran desierto de Sahara.

No sé que tienen tus ojos
que aunque dormidos parecen,
cuando miran con fijeza
al fondo del alma hieren.

G. SAENZ DÍEZ.

EL PECADO DE MAGDALENA

(CONTINUACIÓN.)

Un golpecito que sentí en el hombro me hizo estremecer: era una mujer que vestía un traje medio láico, medio religioso.—Vamos á cerrar, me dijo.

—¿Cómo se titula esta iglesia?

—La Caridad.

—¿Es un hospicio?

—No, señora, es una casa de refugio para las jóvenes arrepentidas.

Retrocedí con espanto como si me hubiera herido en medio del pecho.—¡Ah! balbuceé, ¿es aquí donde encierran á esas... desgraciadas?...

—Sí, señora; sin embargo hay algunas que vienen aquí por sí mismas.

Y sin ocuparse más de mí, se puso á arreglar las sillas. Salí vacilando, y al llegar al pequeño patio de entrada, me vi obligada á apoyarme en la pared. Fuera del patio, por la puerta entreabierta, divisé el muelle desierto y el agua del canal; en el interior se oían rumores vagos que semejaban al eco debilitado de las salmodias.—¿Hay verdaderamente mujeres que vienen á este asilo por su libre voluntad, sin verse compelidas por nadie? ¿Pero cuándo?

«Bajo el imperio de qué remordimientos, de qué pesares? —¿Hay, pues, un momento preciso en que un alma se dice: Esta es la hora? ¿Hay alguna de esas pobres criaturas que, amada y con el corazón lleno de amor, haya entrado aquí voluntariamente?—Estaba tan absorta, que me asusté al oír andar á mi lado.

—¿Estáis enferma? ¿qué esperáis? dijo la tornera que en el momento de cerrar las puertas, me había visto en lo oscuridad.

Hice un movimiento para salir, pero luego obedeciendo á yo no sé qué fuerza misteriosa:—¿Se podría hablar á la superiora esta noche? pregunté, mientras mi corazón latía desalentadamente aguardando la respuesta. Yo me decía: Hé ahí el decreto de la fatalidad. Si me dice no, partiré: Roberto me aguarda; si por el contrario... ¡Pues bien! Esta será mi sentencia.

Me pareció que trascurrían siglos antes que abriera su boca, y cuando habló, me vi obligada á hacerle repetir la contestación, porque no la había oído.—¡A esta hora! había dicho, es imposible.—Respiré con fuerza: pero sin embargo no me retiré.

—Se trata, añadí, de salvar un alma. Que Dios os perdone, hermana, si, pudiendo introducirme, me habéis rechazado.

Yo me alejé pero me llamó.—Entrad, dijo. Voy á preguntar si lo que deseáis es posible.

Una nube pasó por delante de mis ojos. Me parecía que la tierra giraba enderredor mío, y tuve tentación de huir; pero ella había abierto una puerta y marchaba delante de mí; yo la seguí. Me introdujo en un locutorio, dejó una lamparita encima de una mesa de madera blanca y salió. Yo me dejé caer en una silla y escuché. Sonó una campana en el interior; una vez, dos, luego algunos pasos y murmullo de voces, luego el silencio y poco después otra campana más lejana, repitiendo la señal. Yo no sé cuanto tiempo permanecí allí, trémula y no oyendo más que los latidos de mi corazón. En fin, el ruido de una puerta muy cerca de mí me hizo volver la cabeza hacia una doble reja negra que dividía en dos el pequeño apartamento en que yo estaba. Detrás de aquella reja, oí el roce de un vestido sobre el enlosado; una llave rechinó en la cerradura y los pesados postigos que estaban á la parte interior de la reja se movieron y plegaron lentamente. Una mujer, vestida con una túnica de lana blanca y un velo negro, se me apareció á través de los estrechos barrotes, y permaneció en pie delante de mí, sin hablar. Entonces, bajo el imperio de ese poder desconocido al que obedecía á pesar mío, le conté mi triste historia, esa tentación de matarme que me asediaba, y la casualidad que me había conducido á aquella morada y que me impelía todavía en aquel momento á pedirle consejo. Ella me escuchó sin interrumpirme.

—Dios os busca, hija mía, dijo cuando hube terminado. Escuchadle, abdicad á sus piés esa libertad de que habéis hecho tan mal uso; entregáos á él, pero libremente, no por sorpresa. Id y meditad; cuando hayais adoptado una resolución, vendréis, y nuestra casa os abrirá sus puertas.

—Si parto, sé que no volveré, exclamé poniéndome de rodillas al pié de la reja. Madre mía, resolved por mí: soy débil, porque amo. Siento que el corazón se quiere salir del pecho, retenedme. Cerrad vuestras rejas tras de la que debe desaparecer del mundo... ¡Quién sabe si se me presentará jamás otra ocasión como esta!

Yo rogué, ella meditaba sin contestar, y yo esperaba cobardemente que no me admitiría. Al fin cedió.—Recordad que seréis libre de salir de aquí el día que queráis.—Y observando mi palidez:—Pobre joven, añadió dulcemente; tenéis razón de acudir á nosotros, nadie os reclama, y sois para todos ocasión de vergüenza y de escándalo.—Entonces me dijo si tenía que hacer alguna despedida; le estoy agradecida por este pensamiento, y tracé con mano trémula y desfallecida los siguientes renglones:

Hé ahí mi testamento.

«Os lego el consuelo de Luísa.

»Os he amado demasiado, Roberto: ese amor ha causado la desgracia de todos. Habéis sufrido mucho por mi causa, pobre amigo, y me he maldecido con frecuencia al veros tan triste y pálido. Perdonadme el mal que os he hecho, y el que voy á haceros todavía. Yo no tenía ya fuerzas para vivir de este modo; el llanto de Luísa me ahogaba.

»He intentado lo sublime y he fracasado miserablemente; he sido un ser inútil y maléfico. A vos toca, Roberto, reparar los males que he causado; de vos depende que mi alma, esa alma de la que habéis sido el querido ídolo en demasía, repose algún día en paz!»

Muchas lágrimas corrieron sobre estos cortos renglones, y mi prisa por terminar ahogó lo mucho que hubiera querido decirle. La superiora aguardaba: le presenté el papel, pero ella rehusó leerlo. Todavía sois libre, me dijo. Puse el sobre y la rogué que enviara la carta á Roberto aquella misma noche, pero de manera que no pudiese ver al mensajero; luego salí del locutorio, y la tornera me introdujo en el interior del refugio, donde volví á encontrar á la superiora. Esta me cogió la mano y me condujo á través de estrechos corredores y de largas escaleras.—La regla de la casa es muy austera, me dijo, y los ejercicios os parecerán duros. Quisiera hacerlos más ligeros, pero eso no está en mis facultades. Para adquirir valor, hija mía, pensad en que la vida es breve y que tenéis mucho que espiar.

Yo no contesté. ¿Qué me importaba? Mi pensamiento estaba en otra parte; seguía los pasos del mensajero, y hasta me anticipaba á él. ¡Ah! icómo temblaba por Roberto! Apercibime apenas que entrábamos en un dormitorio,

rio, y que nos deteníamos delante de una camita desnuda y fría; sin saber cómo me encontré despojada de mis vestidos y acostada. La superiora se había retirado; una lámparilla me alumbraba, y la respiración de las mujeres que dormían en aquella sala inmensa causaba en derredor mío una especie de fuerte murmullo.

¡Qué noche! ¡Cuántas veces me levanté, decidida á recobrar mis vestidos y á correr al encuentro de Roberto! Luego, pensando que todos dormían y que no podía salir, volví á caer desanimada en la cama.

XX.

Supe al día siguiente que Roberto me había estado esperando mucho tiempo sin inquietud. Sin embargo, á medida que la noche avanzaba, se puso inquieto, y no tardó, persuadido de que me había extraviado, en salir con la esperanza de encontrarme. Volvió varias veces al hôtel y no encontrándome en él, salió nuevamente más agitado; también había enviado en busca mía en distintas direcciones. Durante una de sus ausencias llegó mi carta, y cuando volvió no pudieron darle ninguna noticia sobre la persona que la había llevado. Apenas la hubo leído se lanzó como un loco fuera del hôtel, y anduvo errante toda la noche por las calles de la ciudad. Por la mañana, hizo comenzar de nuevo las más activas pesquisas, y hasta obtuvo permiso para hacer sonar el canal y el río hasta una larga distancia. Todo el tiempo que permaneció en aquella ciudad, es decir, cerca de una semana, tuve cotidianamente noticias suyas, gracias á la superiora, que por compasión hacia mí, le hizo vigilar discretamente. Perdiendo al fin toda esperanza de encontrarme y convencido sin duda de que había atentado á mis días, partió.

(Se concluirá).

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

Remitidas por la Sra. D.^a E. del P.

I.

¿Tercia primera una-dos?
no le dos-tres tercia prima
primera-segunda un todo
y se desluce en seguida.

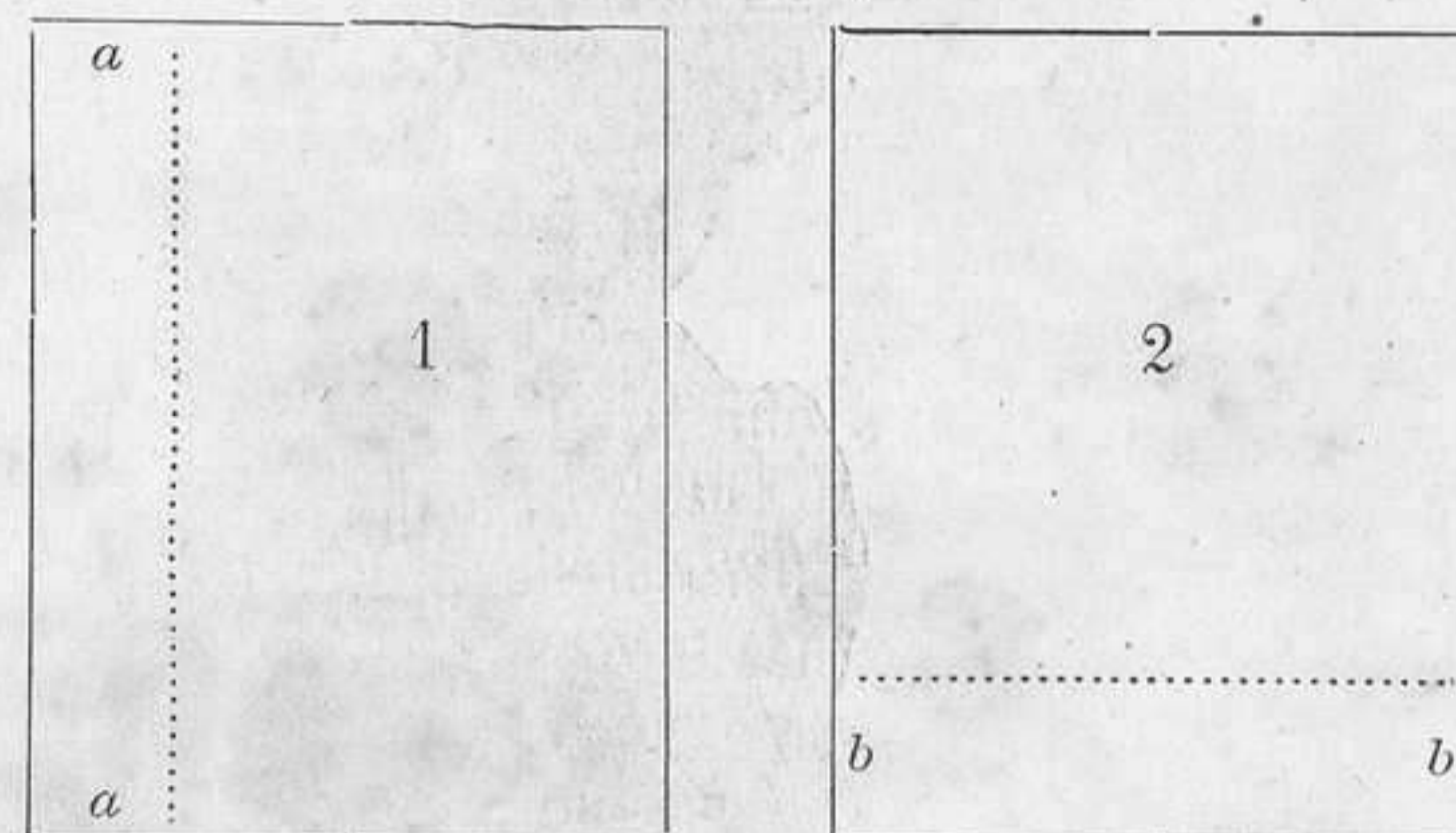
II.

De Doña Angustias la todo
dí una-dos con mano fiera
por que la tres-dos-tercera
mí una-tercia de vil modo
me destrozó toda entera.

FUGA DE CONSONANTES.

ú e. e. i. i. u. a. o., ú e. e. a. i. a
. e. a. u. e. u. e. u. i. u. i. o. e. e. a.
. a. a. e. i. o. o. u. a. i. e. a. u. i. i. a
. a. u. e. u. a. o. e. e. a. e. u. e. a

PROBLEMA.



A dos cuadriláteros de papel perfectamente iguales, se les corta la cuarta parte de su superficie, al uno longitudinal y al otro transversalmente en la forma que indican las líneas de puntos, separando dichas cuartas partes, marcadas aa y bb, quedando los dos cuadriláteros 1 y 2 de distinta figura, pero de igual superficie, con los cuales, haciendo de cada uno dos pedazos, han de quedar en cuatro perfectamente iguales.

SOLUCIONES

correspondientes al número 21 del 1.º de abril 1884.

CHARADAS.

Alpargatera—Alcabala.

FUGA DE CONSONANTES.

Loca y confusa la encendida mente
sueños de angustia y fiebre y devaneo
el alma envuelven del confuso reo
que inclina al pecho la abatida frente.

Han acertado todas las soluciones las Sras. D.^a Emilia del Pino.—D.^a Patrocinio Crespo.—D.^a Adriana G. de Granés.—D.^a Adela Peyra de Iscar.—D.^a Concepción de Salas de Rojas.—D.^a Catalina Ruiz.—D.^a Carmen Patiño de Blen y D.^a Rosaura Hernández.

La 1.^a charada y fuga de consonantes las Sras. D.^a María Carvajal.—D.^a Asunción de López Serriñá.—D.^a Bienvenida de López Serriñá.—D.^a Dolores Rodríguez.—doña Josefa M. de Cepeda y D.^a Carmen M. López.

La 1.^a charada.—Sra. D.^a J. R. de B.



17 y 18.—Traje para carreras de caballos, en primavera. (Patrón).



19.—Túnica redingotte.



20 y 21.—Delanteros y espalda de los números 19 y 22.



22.—Abrigo con mangas en forma de esclavina. (Patrón).